

LA EDAD DEL HIERRO EN LA SERRANIA SORIANA: LOS CASTROS *

por

FERNANDO ROMERO CARNICERO

Puede decirse sin ningún empacho que en la década de los años treinta la Edad del Hierro de la provincia de Soria era una de las mejor conocidas de la península y que dentro de ella los castros de la serranía alcanzaban un especial significado, que no pasó desapercibido para Taracena quien, ya en 1929, tras una sistemática tarea de prospección y con un buen número de excavaciones en su haber, nos brindó un excelente trabajo de síntesis en el que quedaba perfectamente perfilada la *cultura castreña soriana*. Los frutos de este trabajo inicial, que se vio completado con la publicación en 1941 de la *Carta Arqueológica de Soria*, quedaron pronta y fielmente recogidos en las obras de Bosch Gimpera y Almagro, alcanzando así una más amplia difusión.

Por desgracia, las aportaciones posteriores al estudio de la Edad del Hierro soriana y, muy particularmente, del mundo castreño han sido ocasionales y esporádicas y diversa ha sido, igualmente, la importancia y significación de las mismas. Merecen citarse, en cualquier caso, entre los trabajos más recientes, los de Fernández Miranda y Ruiz Zapatero, así como aquéllos que, aunque de forma parcial todavía, ilustran las recientes excavaciones de Eiroa en El Royo.

Paralelamente, y asimismo durante los últimos años, el estudio de la Edad del Hierro en áreas inmediatas o próximas a la nuestra se ha visto revitalizado, abriendo nuevos cauces a la posibilidad de enjuiciar el auténtico valor y significado de la cultura castreña en el contexto general de los Campos de Urnas de la Edad del Hierro. Recordemos en este sentido el trabajo de Almagro Gorbea sobre los Campos de Urnas del Noreste o el de Ruiz Zapatero sobre el Roquizal del Rullo, fundamental para la comprensión de los

* El presente trabajo constituye el Resumen de nuestra Tesis Doctoral, dirigida por el Dr. D. Alberto Balil Illana, Catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Valladolid. Fue defendida el 30 de septiembre de 1983, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, ante el tribunal constituido por los doctores: Martín González, Montenegro Duque, Balil Illana, Fernández-Miranda Fernández y Moure Romanillo. Obtuvo la calificación de Sobresaliente «cum laude».

Campos de Urnas del Bajo Aragón; esencial para nosotros, si más no por la copiosa abundancia de materiales en ella recogidos, es la obra de A. Castiella para Navarra y Rioja e, igualmente, la serie de artículos que sobre la provincia de Guadalajara han venido viendo la luz, de forma sistemática, en la Revista *Wad-al-Hayara*; por último, no podemos olvidar los estudios de Palol, Martín Valls y Delibes, Esparza y nuestros propios sobre el centro y occidente de la Meseta Norte.

En definitiva, si, por un lado, la dispersión de datos tras la obra de Taracena hacía necesaria la reunión crítica y ordenada de los mismos, por otro, parecía igualmente necesario abordar su estudio en relación con cuanto se conocía ahora sobre las regiones vecinas, cuyo estudio había avanzado considerablemente, mientras que el de la serranía soriana había venido sumiéndose en un profundo letargo, apenas si superado en los últimos años. El esfuerzo se ofrecía así necesario y su importancia no parecía ofrecer duda alguna.

Durante el Bronce Final la escasa población que pareció asentarse sobre el solar numantino¹ refleja, con sus cerámicas excisas y del Boquique —Castilviejo de Yuba², La Riba de Escalote³, La Barbolla⁴, Arcos de Jalón⁵— y sus depósitos —Covaleda⁶— o hallazgos aislados de armas de bronce —San Pedro Manrique⁷, Beratón⁸— un panorama similar al de la Meseta Norte.

¹ Téngase en cuenta, ahora, con carácter general: JIMENO MARTÍNEZ, A., *Estado actual de la investigación del Neolítico y de la Edad del Bronce en la provincia de Soria*, Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana, Soria, 1982. Soria, 1984, pp. 25-50; en particular, y por lo que al Bronce Final se refiere, pp. 41-43.

² ORTEGO, T., *I Reunión de Arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza Soria*, Caesaraugusta, 17-18, 1961, pp. 164-166, figs. 10-13; IDEM, *Castilviejo de Yuba (Soria): Nuevo yacimiento con cerámica excisa*, VIII CNArq., Sevilla-Málaga, 1963, Zaragoza, 1964, pp. 272-274; HOPF, M. y ORTEGO, T., *Ein eisenzeitlicher Getreidefund von Castilviejo de Yuba, Prov. Soria*, Madrider Mitteilungen, 15, 1974, pp. 136-144.

³ JIMENO MARTÍNEZ, A., *Algunas consideraciones sobre la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero: Dos nuevos yacimientos con cerámica excisa*, Revista de Investigación, V-1 y 2, 1981, pp. 29-32, fig. p. 30, lám. II.

⁴ JIMENO MARTÍNEZ, A. y FERNÁNDEZ MORENO, J. J., *El castro de La Barbolla (Soria). Nuevo yacimiento del horizonte Cogotas I*, Celtiberia 66, 1983, pp. 321-333.

⁵ TARACENA, B., *Carta Arqueológica de España*, Soria, Madrid, 1941, p. 39, con la bibliografía anterior.

⁶ ORTEGO, T., *Un depósito de hachas de la Edad del Bronce en Covaleda (Soria)*, Celtiberia, 8, 1954, pp. 281-294, fig. 2; IDEM, *Bronce Atlántico en territorio soriano*, IV CNArq., Burgos, 1955, Zaragoza, 1957, pp. 116-118, fig. 2; APRAIZ BUESA, R., *Museo Celtibérico (Soria)*, Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales, XV, 1954, Madrid, 1958, pp. 198-200, fig. 85; FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y BALBÍN BEHRMANN, R. de, *Piezas de la Edad del Bronce en el Museo Arqueológico Provincial de Soria*, Trabajos de Prehistoria, 28, 1971, pp. 291 y 292, fig. 2, lám. I; MONTEAGUDO, L., *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*, Prähistorische Bronzefunde, vol. IX-6, München, 1977, pp. 140, 153, 191 y 195, láms. 51-832, 56-909, 81-1.196 y 84-1.223.

⁷ ORTEGO, T., *Nuevo hallazgo de un hacha de la Edad del Bronce en territorio soriano*, NAHisp., VI, 1-3, 1962, Madrid, 1964, pp. 115-118, fig. 2; MONTEAGUDO, L., *Die Beile...*, p. 157, lám. 58-936.

⁸ TARACENA, B., *Carta...*, p. 43, con la bibliografía anterior. Con posterioridad:

La disociación entre los yacimientos de Cogotas I y los hallazgos metálicos, puesta de manifiesto para la Meseta en general⁹, se confirma aquí una vez más, siendo de destacar la total ausencia de los primeros en el tercio septentrional de la provincia, región montañosa a la que se vinculan principalmente los segundos. Algunos de los yacimientos asociados, en principio, a la primera Edad del Hierro y/o al Bronce Final, tales como la Cueva del Asno¹⁰ o Los Tolmos de Caracena¹¹, han de llevarse hoy al Bronce Medio¹², a la fase que

ORTEGO, T., *Un depósito de hachas...*, p. 287; IDEM, *Bronce Atlántico...*, pp. 115 y 116, fig. 2-4; FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y BALBÍN BEHRMANN, R. de, *Piezas de la Edad del bronce...*, p. 295, fig. 5-1, lám. II; MONTEAGUDO, L., *Die Beile...*, p. 161, lám. 60-956.

⁹ Sobre el particular llamó ya la atención Almagro Gorbea (ALMAGRO GORBEA, M., *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XIV, Madrid, 1977, p. 118) y se ha extendido bien recientemente Fernández Manzano (FERNÁNDEZ MANZANO, J., *Armas y útiles metálicos del Bronce Final en la Meseta Norte*, Studia Archaeologica, 74, Valladolid, 1984); Esparza, por su parte, lo había puesto de manifiesto para el caso de la inmediata provincia de Burgos (ESPARZA ARROYO, A., *Notas sobre la Facies Cogotas I en la provincia de Burgos*, Masburgo, 1, 1978, p. 71).

Con todo, y teniendo en cuenta algunas asociaciones aisladas, se ha visto la posibilidad de relacionarlos entre sí; en este sentido se han expresado Almagro Gorbea y Fernández Manzano, en sus respectivos trabajos citados, y en términos más o menos idénticos lo han hecho Coffyn y Ruiz Zapatero (COFFYN, A., *La céramique excisée dans l'Ouest de la France. Sa diffusion en Espagne*, XV CNArq., Lugo, 1977, Zaragoza, 1979, pp. 641-646; RUIZ ZAPATERO, G., *Las cerámicas excisadas del valle del Ebro y sus relaciones con el S. W. de Francia*, Oskitania, 1, 1980, pp. 39-41). De todas formas, si ello parece aceptable en el caso de los hallazgos metálicos asimilables al Bronce Final I y II, no lo es tanto para los más avanzados del Bronce Final III, ya que en este momento Cogotas I habría declinado en buena medida; la irrupción de las gentes del grupo del Soto de Medinilla en el centro de la Cuenca del Duero, a partir aproximadamente del 800 a. de C., y su ulterior expansión hacia el Noroeste induce a pensar en ellas como presuntas responsables del apogeo de la metalurgia en bronce del último Bronce Final III y comienzos de la Edad del Hierro, en el centro y occidente de la Meseta Norte cuando menos (DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J., *Calcolítico y Bronce en tierras de León, en Cantabros y Astures*, Lancia, 1, 1983, pp. 50-52, mapa p. 81).

¹⁰ Tal cabía pensar a partir de algunos materiales publicados por Ortego y calificados por él de «hallstáticos» (ORTEGO, T., *I Reunión de Arqueólogos...*, p. 161, fig. 5). Con posterioridad, el grueso de los materiales de esta cueva, procedentes de los trabajos antiguos y conservados en el Museo Numantino, fueron publicados como del Ha C-D (FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y BALBÍN BEHRMANN, R. de, *La Cueva del Asno (Los Rábanos, Soria)*, NAHisp., Prehistoria, 2, Madrid, 1973, pp. 167-171).

Las recientes excavaciones de Eiroa en el yacimiento han permitido identificar dos niveles que, pese a la uniformidad de los materiales, reconocida por el propio excavador, y en virtud de las dataciones radiocarbónicas, han sido asignados, respectivamente, al Bronce Inicial y Medio (EIROA, J. J., *Nuevos hallazgos en la Cueva del Asno de Soria*, Caesar Augusta, 39-40, 1975-1976, pp. 139-146; IDEM, *Avance sobre la primera campaña de excavaciones en la Cueva del Asno de Los Rábanos (Soria)*, XIV CNArq., Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, pp. 301-304; IDEM, *Datación radiocarbónica, arqueológica y ambiental de la Cueva del Asno (Soria)*, en C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica. Reunión de 1978, Fundación Juan March, Serie Universitaria, 77, Madrid, 1978, pp. 113-121; IDEM, *Dos fechas de C-14 para la Edad del Bronce en el Alto Duero*, Saguntum, 14, 1979, pp. 39-58; IDEM, *Corrección y calibración de fechas de Carbono-14 de la Cueva del Asno y el Castro de El Royo (Soria)*, Revista de Investigación, IV-2, 1980, pp. 65-77; IDEM, *La Cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campañas 1976-1977*, Excavaciones Arqueológicas en España, 107, Madrid, 1980).

¹¹ En mayor medida aún que en el caso anterior nos remitían a Cogotas I los primeros materiales conocidos de Los Tolmos de Caracena (GARCÍA DE ANDRÉS, I., *Los*

Delibes y Fernández Manzano han denominado *Pre/Proto-Cogotas I*, a partir de su identificación en La Plaza de Cogeces del Monte (Valladolid)¹³ y que vemos también en la segoviana Cueva del Arevalillo en Arevalillo de Cega¹⁴.

Dos manifestaciones tardías, la estatua-menhir de Villar del Ala¹⁵ y el depósito de Ocenilla¹⁶, nos hablan ya del tránsito a la primera Edad del Hierro. Fechables una y otro en el Bronce Final III, vienen a llenar el vacío entre el final de Cogotas I y las primeras manifestaciones de Campos de Urnas¹⁷.

Tolmos, nuevo yacimiento del Bronce Final y Primer Hierro; Caracena (Soria), Celtiberia, 55, 1978, pp. 13-28).

Tras las recientes excavaciones de Jimeno en el yacimiento, tanto los materiales como las fechas de C-14 obligan a atribuir el nivel inferior del mismo al Bronce Medio (JIMENO MARTÍNEZ, A., *Aportación al Bronce Final y Primer Hierro: Los Tolmos, Caracena (Soria)*, Revista de Investigación, II-1, 1978, pp. 51-66; IDEM, *Nuevos planteamientos en Arqueología: Los Tolmos (Caracena)*, Arevacon, 1, 1981, pp. 10-12; IDEM, *Las fechas C.14 del yacimiento de Los Tolmos de Caracena (Soria)*, Trabajos de Prehistoria, 39, 1982, pp. 335-341. Pese a que se trate de un trabajo de divulgación debe de tenerse muy en cuenta, en tanto no se publique la correspondiente Memoria de excavaciones: IDEM, *Un yacimiento del Bronce Medio meseteño: Los Tolmos de Caracena*, Revista de Arqueología, 23, pp. 44-45, por cuanto en el mismo se encuentran ampliamente ilustrados los materiales obtenidos en las excavaciones).

¹² JIMENO MARTÍNEZ, A., *Nuevas bases para el estudio de la etapa postcampaniforme en la zona del Alto Duero*, Resumen de Tesis Doctoral, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1981; IDEM, *Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona oriental de la Meseta Superior*, XVI CNArq., Murcia-Cartagena, 1982, Zaragoza, 1983, pp. 309-320; IDEM, *Estado actual de la investigación del Neolítico...*, pp. 37-41.

¹³ DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J., *El castro protohistórico de «La Plaza» en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I*, BSAA, XLVII, 1981, pp. 51-70.

¹⁴ FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNÁIZ, M. D., *Informe de la primera Campaña (1977) en la Cueva de Arevalillo (Segovia)*, NAHisp., 6, Madrid, 1979, pp. 53-87; IDEM, *La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)*, NAHisp., 12, Madrid, 1981, pp. 45-84.

¹⁵ Dada a conocer por Taracena (TARACENA, B., *Noticia acerca de la estatua-menhir de Villar del Ala (Soria)*, Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, III, 1924, pp. 179-183) y tenida en cuenta por otros autores en trabajos de carácter más amplio (BREUIL, H., *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Iberique*, vol. IV, Paris, 1935, pp. 112 y 134, lám. XLIII-11; ALMAGRO, M., *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. VIII, Madrid, 1966, pp. 133-143, lám. XL-1; ARNAL, J., *Les statues-menhirs, hommes et dieux*, Toulouse, 1976, pp. 101, 187-188, 198 y 200, fot. 79), ha sido objeto de un estudio detenido, por nuestra parte, bien recientemente (ROMERO CARNICERO, F., *La estatua-menhir de Villar del Ala. Nuevos datos para su estudio*, Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Soria, 1981, pp. 115-191).

¹⁶ ALMAGRO, M., *El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa*, Ampurias, II, 1940, p. 103, fig. 21; IDEM, *Inventaria Arqueologica*, F. 7, Madrid, 1967, E. 17, 1(-1); FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y BALBÍN BEHRMANN, R. de, *Piezas de Edad del Bronce...*, pp. 294 y 295, fig. 4-3, lám. III.

Al parecer, según pusiera de manifiesto Taracena en una referencia que ha venido pasando desapercibida (TARACENA, B., *Carta...*, p. 11), sobre la que hemos llamado la atención últimamente Jimeno (JIMENO MARTÍNEZ, A., *Estado actual de la investigación del Neolítico...*, pp. 42 y 43) y nosotros mismos (ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión*, Actas del Ier. Symposium de Arqueología Soriana, Soria, 1982, Soria, 1984, p. 61) la punta de lanza y el puñal no formaban depósito y el segundo no fue hallado ni tan siquiera en la provincia de Soria; nada se dice de la primera, cuyo paradero se desconoce.

¹⁷ ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 60 y 61. En idéntico sentido se ha expresado, al tiempo, JIMENO MARTÍNEZ, A., *Estado*

En los primeros compases de la nueva Edad asistimos a la penetración, tímida todavía, de los primeros Campos de Urnas desde el Valle del Ebro¹⁸. Buena prueba de ello son los vasitos de Quintanas de Gormaz¹⁹ y ciertas cerámicas excisas del Castilviejo de Yuba²⁰ y Numancia²¹ o algunas otras lisas de esta última²², cuyas relaciones con las del Bajo Aragón son patentes, aunque no falten rasgos que obliguen a pensar, como ocurre con aquéllas, en las del Alto Ebro²³. Las excisas más antiguas del Bajo Aragón, que hay que suponer llegaron aquí desde el Alto Ebro²⁴, se sitúan en el Periodo V de los Campos de Urnas del Noreste o, lo que es igual, en la Primera Fase de Campos de Urnas de la Edad del Hierro, que se fecha entre el 700 y el 600 a. de C.²⁵; dicho periodo se corresponde con la Segunda Fase de los Campos de Urnas del Bajo Aragón, a la que pertenecen las excisas y estampillas del Roquizal del Rullo (Roquizal II)²⁶. A un momento avanzado de esta misma fase o Roquizal III, cuya fecha se sitúa a fines del siglo VII a. de C., cabe asimilar las formas lisas de Numancia²⁷, cuyos paralelos, igualmente sin de-

actual de la investigación del Neolítico..., pp. 42 y 43, y RUIZ ZAPATERO, G., *Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero*, Actas del Ier. Symposium de Arqueología Soriana, Soria, 1982, Soria, 1984, pp. 179 y 184 nota 38.

¹⁸ Téngase en cuenta, ahora, en líneas generales: ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 61-64; RUIZ ZAPATERO, G., *Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas»...*, pp. 177-181, figs. 1, 3 y 4.

¹⁹ CABRÉ AGUILO, J., *Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce en la Península Ibérica*, Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, VIII, 1929, pp. 218, 225 y 235, fig. 20-1 y 2; ALMAGRO, M., *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica*, Ampurias, I, 1939, p. 148, lám. V-1; TARACENA, B., *Carta...*, pp. 12 y 138.

²⁰ ORTEGO, T., *I Reunión de Arqueólogos...*, p. 165, fig. 13; IDEM, *Castilviejo de Yuba...*, figs. 4 y 5 inf. izq.

²¹ ALMAGRO, M., *La cerámica excisa...*, pp. 146-148, lám. IV-4; WATTENBERG, F., *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. IV, Madrid, 1963, p. 147, n.º 46, tab. II-46, lám. fot. III-2.

²² WATTENBERG, F., *Las cerámicas indígenas...*, pp. 39 y 151, núms. 103 y 117, tab. IV-103 y 117.

²³ En el llamado «Grupo Alto Ebro» incluyen Molina y Arteaga el fragmento y el vasito excisos de Numancia y Quintanas de Gormaz, respectivamente, sugiriendo para el segundo de ellos su posible contemporaneidad con el final de Cogotas I (MOLINA, F. y ARTEAGA, O., *Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, I, 1976, pp. 192 y 207, tab. 3-33 y 34); otro tanto se indica para el vaso con asa de Yuba, asimilado, sin embargo, al «Grupo Cogotas I», junto con las cerámicas excisas y del Boquique a que ya nos referimos con anterioridad (*Ibidem*, pp. 183-184 / 202-203, tab. 2-17).

²⁴ Sobre los distintos grupos con cerámicas excisas del Valle del Ebro y sus relaciones entre sí véanse: MOLINA, F. y ARTEAGA, O., *Problemática y diferenciación...*, pp. 190-199; RUIZ ZAPATERO, G., *Las cerámicas excisas del valle del Ebro...*, pp. 42-55; IDEM, *Cerámicas excisas de la primera Edad del Hierro en Aragón*, Turiaso, II, 1981, pp. 11-29.

²⁵ ALMAGRO GORBEA, M., *El Pic dels Corbs, de Sagunto, y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica*, Saguntum, 12, 1977, p. 126, cuadro I.

²⁶ RUIZ ZAPATERO, G., *El Roquizal del Rullo: Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los Campos de Urnas del Bajo Aragón*, Trabajos de Prehistoria, 36, 1979, pp. 264-269 y 277-278, fig. 18.

²⁷ Piénsese en los ejemplares lisos de la forma 5b del Roquizal del Rullo (*Ibidem*, pp. 270 y 278, figs. 14-1 a 4 y 18).

coración ya, se fechan en Navarra y Rioja tardíamente también²⁸. No parece aventurado suponer, en definitiva, que las cerámicas sorianas a que nos referimos deban de fecharse en el siglo VII y, muy posiblemente, en un momento avanzado del mismo o, incluso, algo después.

Durante los dos siglos siguientes —VI y V a. de C.—, gentes de Campos de Urnas Tardíos de la Edad del Hierro ocupan las estribaciones del Sistema Ibérico. Dichas gentes no constituyen sino una facies local más de los Campos de Urnas del Noreste peninsular en su penetración por la Meseta y a ellas se debe el desarrollo de la que Taracena definiera como *cultura castreña soriana*²⁹.

Surgen así una serie de asentamientos que confieren una gran unidad al territorio septentrional de la provincia de Soria, ocupado ahora por vez primera de forma sistemática. Dichos asentamientos, de los que conocemos más de una veintena, son auténticos castros. Situados estratégicamente en emplazamientos bien protegidos por la propia naturaleza, su defensa se completa con la construcción de obras artificiales, tales como las murallas, y se refuerza aún en ciertas ocasiones con la erección de barreras de piedras hincadas y la excavación de fosos.

En un territorio que, en más de la mitad de su extensión, se eleva entre los 1.000 y 1.200 metros de altitud y entre 1.200 y 1.600 metros en una tercera parte, la mayoría de los castros se sitúan a alturas comprendidas entre los 1.100 y 1.500 metros de altitud, a una altura media de 1.250 metros. Asentados en los contrafuertes y derivaciones más importantes del Sistema Ibérico, dominan el curso de los ríos principales, presiden o jalonan sus valles y vigilan los accesos y vías de comunicación naturales, datos todos ellos que nos hablan de su indudable valor estratégico.

No menos cuidadosa fue la elección de los emplazamientos. Presidida por la búsqueda de lugares con condiciones defensivas naturales óptimas y, sin duda también, del ahorro en el esfuerzo de erección de las obras artificiales, no puede hablarse de un tipo de emplazamiento característico, pues, con frecuencia, además, confluyen en ellos los mejores rasgos de cada tipo³⁰. Con

²⁸ Se trata aquí de la forma 1 de Castiella, cuyos ejemplares lisos parecen corresponder a su Fase III de la Edad del Hierro, fechada entre el 500 y el 350 a. de C. (CASTIELLA RODRÍGUEZ, A., *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Excavaciones en Navarra, VIII, Pamplona 1977, pp. 229-237, figs. 187-192).

²⁹ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, MemJSEA, n.º 103, Madrid, 1929, pp. 3-27, figs. 1-19, láms. I y II; ÍDEM, *Carta...*, pp. 13 y 14. Un trabajo de conjunto posterior, aunque fundamentalmente orientado al estudio de los materiales cerámicos de los castros: FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Los castros de la cultura de los campos de urnas en la provincia de Soria*, Celtiberia, 43, 1972, pp. 29-60. Para una puesta a punto sobre el particular, con las novedades más destacadas de los últimos años, véase ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 64-68 y 84-85.

³⁰ Una tipología relativamente reciente sobre emplazamientos de la Edad del Hierro

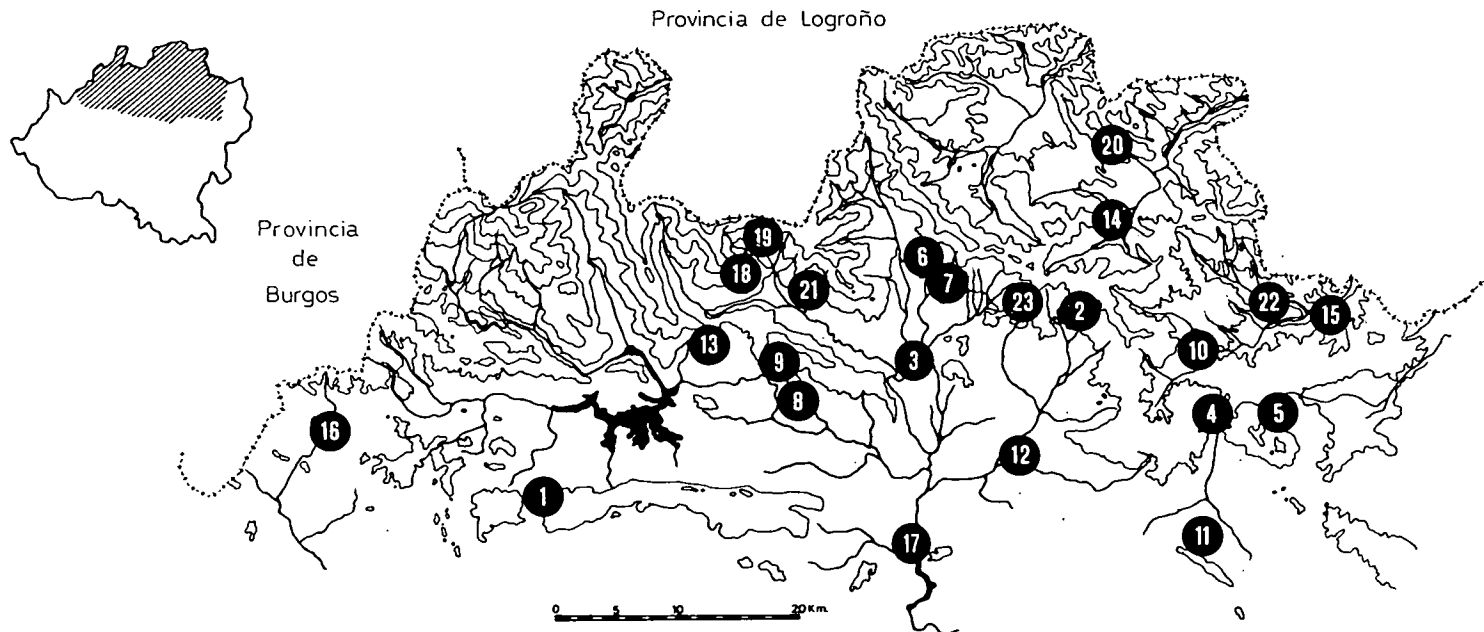


Fig. 1.—Los castros de la serranía soriana: 1. «El Pico», Cabrejas del Pinar; 2. «El Castillejo», Castilfrío de la Sierra; 3. «Castro del Zarranzano», Cubo de la Sierra; 4. «Los Castillejos», El Espino; 5. «Peñas de Castejón», Fuentesfrún; 6. «Los Castillejos», Gallinero; 7. «Alto de la Cruz», Gallinero; 8. «El Castillejo», Hinojosa de la Sierra; 9. «El Castillejo», Langosto; 10. «Los Castellares», Magaña; 11. Pozalmuro; 12. «Cerro de Calderuela», Renieblas (?); 13. «El Castillo», El Royo; 14. «Los Castellares», San Andrés de San Pedro; 15. «El Castelar», San Felices; 16. «Alto del Arenal», San Leonardo; 17. «El Castillo», Soria; 18. «El Castillo del Avieco», Sotillo del Rincón; 19. «El Puntal», Sotillo del Rincón; 20. «El Castillejo», Taniñe; 21. «Castillo de las Espinillas», Valdeavellano de Tera; 22. «Los Castillejos», Valdeprado; 23. «El Castillejo», Ventosa de la Sierra.

todo, cabe hablar de castros con emplazamiento en espolón (El Pico de Cabrejas del Pinar³¹, el Alto del Arenal de San Leonardo³²) y de su variante peculiar en espigón fluvial (Castro del Zarranzano³³); El Castillejo de Langosto³⁴ sería un buen ejemplo de emplazamiento en escarpe o farallón, mientras que el Alto de la Cruz de Gallinero³⁵, Los Castillejos de El Espino³⁶ o El Castillejo de Hinojosa de la Sierra³⁷ constituirían otras tantas variantes del tipo en colinas o acrópolis; un magnífico ejemplo, por último, de emplazamiento en ladera lo ofrece El Castillo de las Espinillas de Valdeavellano de Tera³⁸. Nunca, en cualquier caso, constituyen los lugares elegidos la máxima altura del entorno y no se ha olvidado la necesidad del aprovisionamiento de agua.

en LLANOS, A., *Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro*, Estudios de Arqueología Alavesa, 6, 1974, pp. 109-111, lám. III; véase asimismo IDEM, *Urbanismo y arquitectura en el primer milenio antes de Cristo*, en *El habitat en la historia de Euskadi*, Bilbao, 1981, pp. 50-55, lám. II. Aunque referida esencialmente a yacimientos de la segunda Edad del Hierro, no parece estar de más recordar igualmente la que se ofrece en WATTENBERG, F., *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. II, Madrid, 1959, p. 56 figs. 8 y 9.

³¹ TARACENA, B., *Carta...*, p. 45.

³² Inédito hasta el presente, debemos el conocimiento de su existencia a don Andrés Lucas, quien amablemente nos acompañó en la visita al mismo.

Es el Alto del Arenal un cerro de cumbre alargada, orientado de Noroeste a Sureste, cuya cota máxima alcanza los 1.128 metros de altitud. Localizado al sur de San Leonardo, su situación se concreta —según la Hoja n.º 348, «Fuentearmegil», del Mapa Topográfico Nacional de España, escala 1: 50.000— en 0º 37' 20" de longitud Este, respecto de Madrid, y 41º 49' 15" de latitud Norte. El antiguo castro ocupó aproximadamente la mitad anterior del cerro, de vertientes más pronunciadas y cumbre más estrecha; las defensas del mismo, a las que habremos de referirnos más adelante, cortan perpendicularmente la cima en uno de sus puntos más angostos.

³³ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA n.º 103, pp. 11 y 12, fig. 8; ROMERO CARNICERO, F., *Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: La casa circular del Castro del Zarranzano*, Actas del Ier. Symposium de Arqueología Soriana, Soria, 1982, Soria, 1984, pp. 189 y 190, fig. 1.

³⁴ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, pp. 7 y 8, fig. 3.

³⁵ *Ibidem*, pp. 12 y 13, fig. 9.

³⁶ Dado a conocer por Sáenz García, quien apenas hace otra cosa que citarlo, puede considerarse como inédito. SÁENZ GARCÍA, C., *Notas y datos de estratigrafía española*, Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, XL, 1942, p. 108; IDEM, *Notas y datos de estratigrafía española*, Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, XLII, 1944, lám. XLIV-fig. 2; IDEM, *Noticia acerca de seis castros prerromanos de las provincias de Soria y Guadalajara*, IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Madrid, 1954, Zaragoza, 1965, p. 866, fot. 1.

El cerro de Los Castillejos se alza, con sus 1.240 metros de altitud, a poco más de un kilómetro al este de El Espino, pequeño pueblo del término de Suellacabras. Su situación, referida a la Hoja n.º 319, «Agreda», del Mapa Topográfico Nacional de España, escala 1: 50.000, se fija en 1º 31' 00" de longitud Este, respecto de Madrid, y 41º 50' 45" de latitud Norte. El yacimiento ocupa la totalidad de la cumbre del cerro, adaptándose su perímetro, dibujado al Norte y Este por barrancos calizos y en el resto por una potente muralla hoy derrumbada, a la cota más alta.

³⁷ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, pp. 8 y 9, fig. 4.

³⁸ *Ibidem*, pp. 10 y 11, fig. 7; RUIZ ZAPATERO, G., *Fortificaciones del castro ballstático de Valdeavellano (Soria)*, Celtiberia, 53, 1977, pp. 83-85, fig. p. 86.

Pese a la dificultad de fijar con precisión en no pocos casos la extensión de los castros, puede decirse que son de dimensiones reducidas, siendo su superficie total inferior a una hectárea. Todos los castros de la provincia de Soria tienen un sólo recinto.

El trazado y la organización de los sistemas defensivos está fuertemente condicionado por las características del emplazamiento, por lo que no ha de conferirse a la diferente estructura, ordenación o complejidad de los mismos valor cronológico alguno. En cualquier caso, su simple existencia ha sido valorada como un indicio de la avanzada cronología de estos poblados, lo que confirmaría la tesis defendida por Almagro³⁹, y mantenida con posterioridad por otros autores⁴⁰, sobre la lenta penetración de las gentes de Campos de Urnas desde Cataluña a través del Valle del Ebro. Abundando en todo ello no ha faltado quien sugiriera que fuera precisamente aquí, en la serranía soriana, donde se gestara la idea del castro fortificado⁴¹ que tan amplia aceptación habría de tener en la Meseta Norte durante la plena Edad del Hierro, dotándola de una cierta uniformidad⁴².

Las murallas constituyen la defensa principal y, por lo general, la única. Los castros con emplazamiento en espolón o espigón fluvial, de planta habitualmente triangular, fortifican uno de sus lados, que suele ser la base, con una única línea de muralla; cuando el emplazamiento responde a cualquier otro de los tipos citados, la muralla describe una línea ininterrumpida —Alto de la Cruz de Gallinero⁴³—, va uniendo afloraciones rocosas —Hinojosa de la Sierra⁴⁴— o cierra sobre el cantil rocoso que, frecuentemente, defiende de forma natural uno de los flancos, determinando recintos de plantas diversas.

Derruidas en su mayor parte, sabemos, merced a las excavaciones practicadas en buen número de ellas por Taracena, que se construyeron con piedras de mediano y pequeño tamaño, careadas naturalmente y encontradas en seco. Su estructura es simple: dos paramentos verticales (Castilfrío de la Sierra⁴⁵) o en talud (Valdeavellano de Tera⁴⁶) entre los que se disponen

³⁹ ALMAGRO, M., *La invasión céltica en España*, en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. I-2, Madrid, 1952, p. 215.

⁴⁰ FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Los castros...*, p. 59; RUIZ ZAPATERO, G., *Fortificaciones...*, pp. 88 y 89; EIROA, J. J., *Aspectos urbanísticos del castro ballstático de El Royo (Soria)*, Revista de Investigación, III-1, 1979, p. 84; IDEM, *Avance de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el castro ballstático de El Royo (Soria)*, Caesaraugusta, 47-48, 1979, p. 131.

⁴¹ RUIZ ZAPATERO, G., *Fortificaciones...*, pp. 84 y 89.

⁴² MALUQUER DE MOTES, J., *Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta*, Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, septiembre, 1959, Pamplona, 1960, pp. 143 y 144.

⁴³ Véase nota 35.

⁴⁴ Véase nota 37.

⁴⁵ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, pp. 15 y 16, fig. 12.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 10, fig. 5.

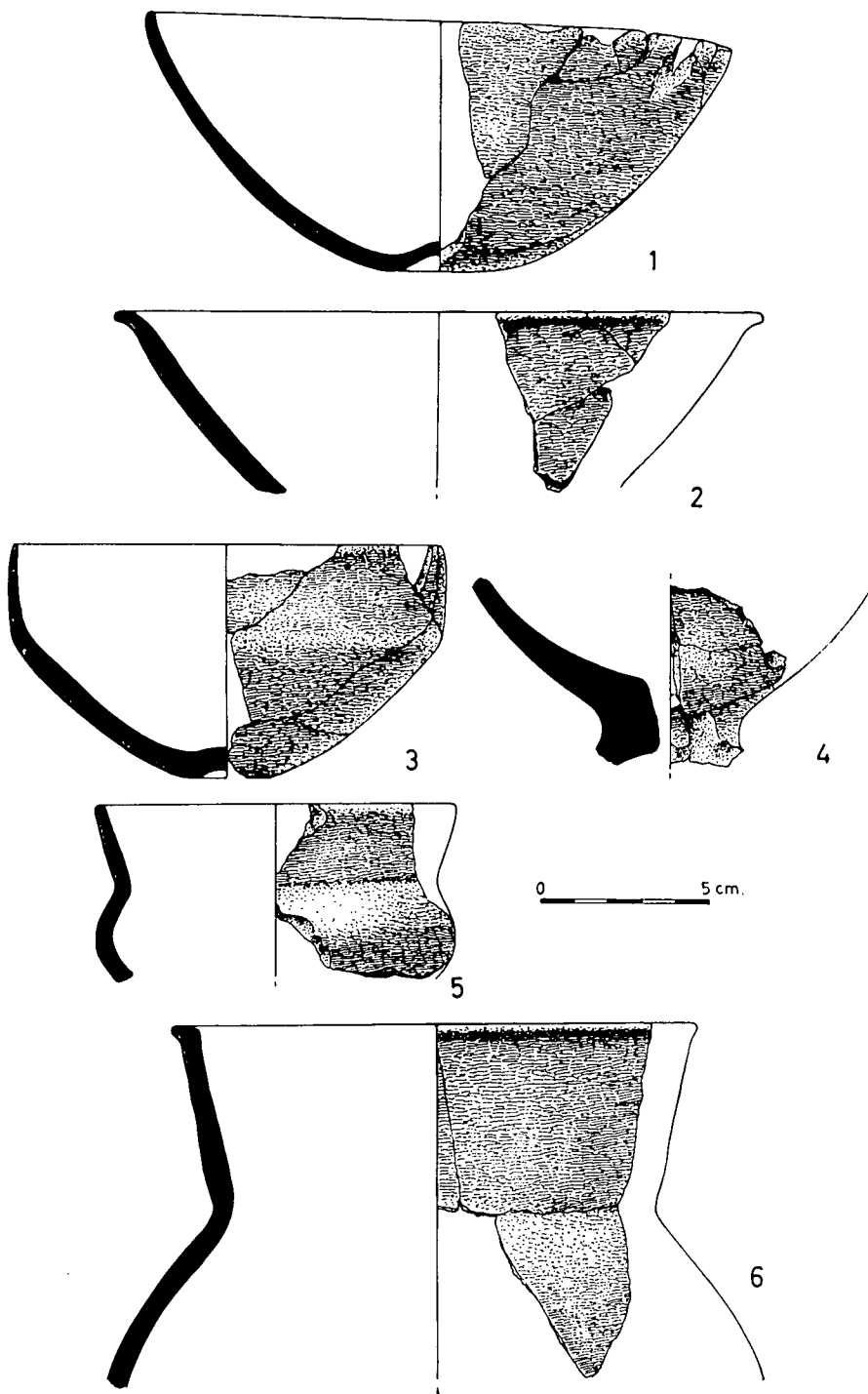


Fig. 2.—Formas cerámicas de los castros sorianos.

arbitrariamente materiales más pequeños y desiguales; en el Castro del Zarranzano pudo observarse que la cepa era algo más ancha que el resto de la obra⁴⁷. Su anchura oscila entre los 2,5 y los 6,5 metros; conservan, por término medio, una altura de 2,5 a 3 metros y hay que suponer que en origen alcanzaran, cuando menos, los 4.

Igualmente problemática resulta la identificación de las puertas de acceso al interior de los castros. Hogg señaló su existencia en los castros de Hinojosa y Valdeavellano, en los que vendrían determinadas por simples interrupciones en el trazado de las murallas⁴⁸. En otros casos —Cabrejas del Pinar⁴⁹, El Royo⁵⁰— parece ubicarse en uno de los extremos de la muralla, entre ésta y el cantil rocoso al que con frecuencia viene a morir. En el Castro del Zarranzano debió de dar paso a la terraza inferior en el punto en que la muralla de ésta va a encontrarse con los escarpes que delimitan a la más alta.

El trazado de las murallas, la sencillez de su estructura, así como la simplicidad de sus puertas obogan por la antigüedad de las mismas, aún dentro de su relativa modernidad⁵¹.

La existencia de torreones en las murallas no es fácilmente determinable y apenas si puede basarse en otro hecho que el considerable aumento del volumen de los derrumbes en determinados puntos del recorrido de aquéllas. Tal sería el caso del castro de Cabrejas del Pinar⁵² o el de El Royo⁵³. Un caso singular es el de los cinco torreones semicirculares adosados al exterior

⁴⁷ *Ibidem*, p. 12.

⁴⁸ HOGG, A. H. A., *Four Spanish Hill-Forts*, Antiquity, XXXI, 1957, pp. 27 y 28, fig. 2.

⁴⁹ Un estrecho pasillo central abierto en la barrera de piedras hincadas, frente a la posible torre de la muralla, desemboca en el corredor que discurre entre ésta y aquéllas; desde aquí el acceso al interior del recinto habría de hacerse forzosamente a través de un paso que tenía que haber, a uno u otro lado, entre el extremo correspondiente de la muralla y el cantil rocoso. Este mismo esquema aparece en el castro de Castilviejo de Guijosa en la provincia de Guadalajara (BELÉN, M., BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Castilviejo de Guijosa (Sigüenza)*, Wad-al-Hayara, 5, 1978, pp. 65-69, fig. 3).

⁵⁰ EIROA, J. J., *Aspectos urbanísticos...*, p. 84.

⁵¹ No es fácil establecer una cronología precisa para las murallas. Si tenemos en cuenta el esquema establecido por Maluquer, quien distingue, en líneas generales, tres fases distintas (MALUQUER DE MONTES, J., *Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas...*, p. 144), las murallas de los castros sorianos, que responden al primer sistema, se contarían entre las más antiguas.

⁵² TARACENA, B., *Carta...*, p. 45. A nuestro juicio, y frente a lo descrito por el autor citado, el lugar idóneo para su ubicación es el ángulo que forman los dos lienzos de la muralla, punto en el que el engrosamiento y altura de los derrumbes es mayor y que, como queda dicho (véase nota 49), afronta el pasillo abierto en el friso de piedras hincadas.

⁵³ La existencia de una torre en la muralla del castro de El Royo fue sugerida en un principio por su reciente excavador (EIROA, J. J., *Aspectos urbanísticos...*, p. 83), si bien su postura no queda del todo clara tras lo expuesto en otro lugar del mismo trabajo (*Ibidem*, p. 84); con posterioridad la idea fue rechazada por él mismo (IDEM, *Avance de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el castro...*, p. 125). Por nuestra parte, y por idénticas razones que en el caso anterior, nos inclinamos a pensar que debió de existir un torreón en el ángulo noreste de la muralla.

de la muralla de El Castillo de las Espinillas de Valdeavellano de Tera, sobre los que Ruiz Zapatero llamó no hace mucho la atención ⁵⁴.

El origen de torres y torreones en los poblados fortificados de la Edad del Hierro de la Meseta es, como se sabe, discutido ⁵⁵. El autor citado en último lugar se inclina, en cualquier caso y por lo que a los torreones de Valdeavellano se refiere, por su origen indoeuropeo, señalando que alcanzarían las tierras sorianas en el siglo VI a. de C., transmitiéndose desde aquí por el Sistema Central hasta tierras vettonas, donde se documentan los paralelos más próximos ⁵⁶.

En el orden defensivo el aspecto que ha venido gozando de mayor atención ha sido el de los frisos de piedras hincadas, encontrándose la mayoría de los ejemplos sorianos entre los conocidos desde antiguo. Se sitúan las barreras de piedras hincadas en el flanco más vulnerable, por lo que no siempre acompañan a la muralla en todo su recorrido; su anchura varía de unos castros a otros y es normal que entre la barrera y la muralla medie un espacio, de anchura igualmente variable, vacío. En ocasiones, sin embargo, se sitúa aquí un foso, defensa complementaria con la que cuentan cuatro castros, la mitad de los que tienen piedras hincadas; tal ocurre en Los Castillejos de Gallinero ⁵⁷ y El Castillejo de Castilfrío de la Sierra ⁵⁸. En Hinojosa, por el contrario, el foso constituye la defensa más externa, ubicándose las piedras hincadas, por tanto, en la berma ⁵⁹. Una disposición curiosa, hasta ahora desconocida en la provincia de Soria, es la que ofrece el Alto del Arenal de San Leonardo, en el que las piedras hincadas debieron de cubrir una franja de unos veinte metros de anchura intercalada entre dos fosos ⁶⁰.

La pretendida uniformidad de emplazamiento de los castros sorianos con piedras hincadas establecida por Harbison, exclusiva por otro lado del «grupo del Este», al que conformaban, debe de ser matizada hoy ⁶¹. En prin-

⁵⁴ RUIZ ZAPATERO, G., *Fortificaciones...*, pp. 85-88, figs. pp. 85, 86 y 87.

⁵⁵ En buena lógica no vamos a entrar aquí en el problema. Con todo, quizá no esté de más remitir a un reciente trabajo de Esparza, quien con ocasión del estudio de algunos aspectos del castro palentino de Monte Bernorio se ha hecho eco del mismo, reuniendo las diferentes posturas al respecto y los distintos ejemplos conocidos: ESPARZA ARROYO, A., *Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia)*. Publicaciones de la Institución «Tello Téllez de Meneses», 47, 1982, pp. 397-399 y 405.

⁵⁶ RUIZ ZAPATERO, G., *Fortificaciones...*, p. 90.

⁵⁷ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MenJSEA, n.º 103, p. 14, fig. 10.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 16, figs. 12 y 13.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 9, fig. 4.

⁶⁰ En efecto, delante de la muralla que, tal y como señalamos con anterioridad (véase nota 32), corta a la cumbre del cerro en uno de sus puntos más estrechos, apreciamos dos depresiones de cinco metros de anchura entre las que media una zona de veinte metros que, a pesar de los escasos indicios hoy conservados, debió de estar sembrada de piedras hincadas. Dichos indicios se aprecian en el ángulo sureste, junto al foso más externo, y se reducen a poco más de media docena de piedras de perfil anguloso colocadas verticalmente.

⁶¹ HARBISON, P., *Castros with chevaux-de-frise in Spain and Portugal*, Madrider Mitteilungen, 9, 1968, pp. 138-141, en general para los distintos «grupos» peninsulares considerados por el autor.

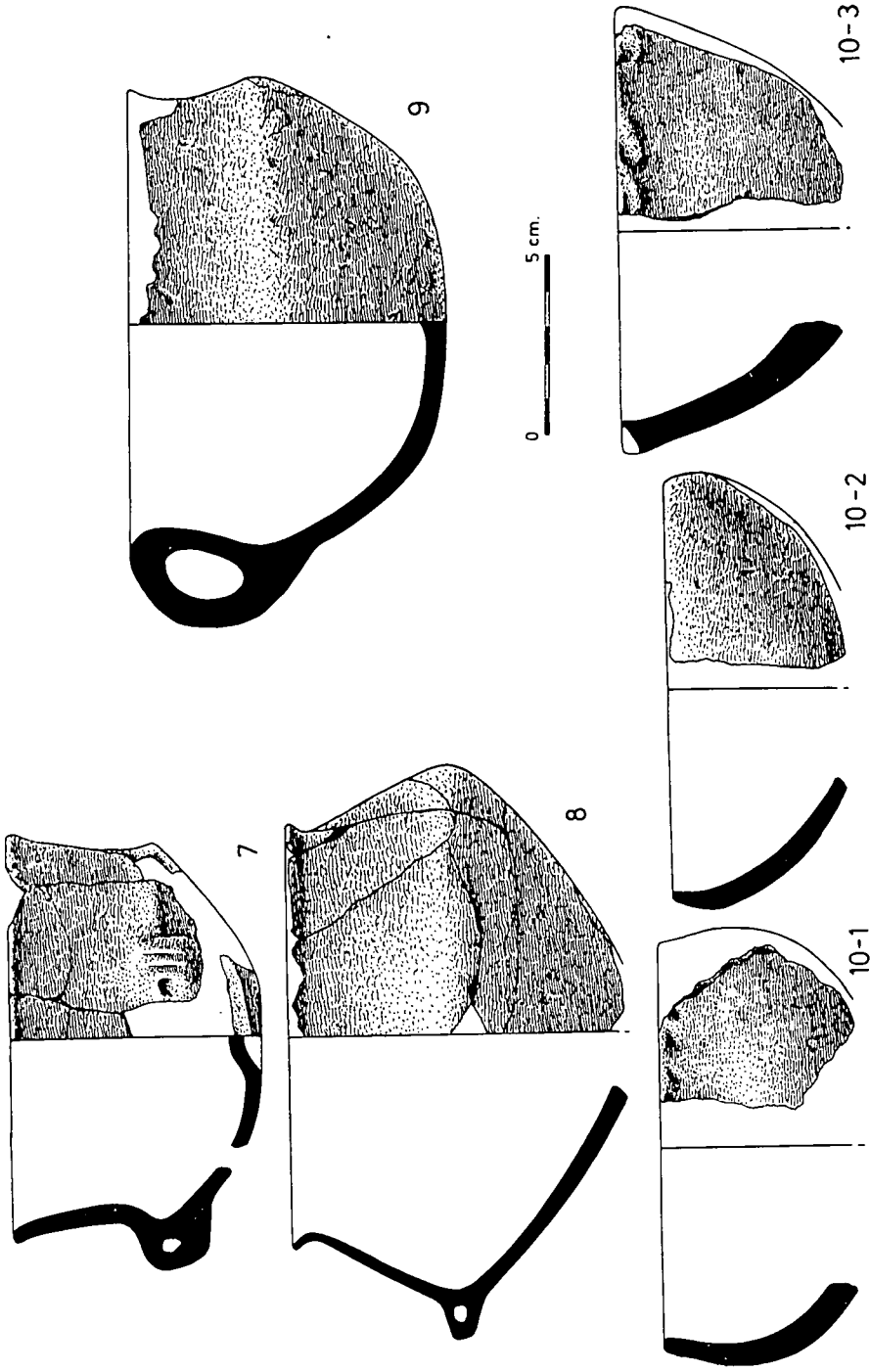


Fig. 3.—Formas cerámicas de los castros sorianos.

cipio no todos los por él conocidos ofrecen idéntico tipo de emplazamiento, aunque sí similar planta, y este esquema puede contemplarse también ya en el castro salmantino del Picón de la Mora⁶². Por otro lado, El Pico de Cebrejas del Pinar, raramente considerado en la bibliografía sobre el tema⁶³, y el Alto del Arenal de San Leonardo ofrecen emplazamientos en espigón —tipo considerado prácticamente exclusivo del grupo occidental según Harbison—, de la misma manera que el castro de Castilviejo de Guijosa (Guadalajara)⁶⁴, del mismo grupo lógicamente que los nuestros y el mejor paralelo para el primero de los citados⁶⁵, los zamoranos de Fresno de la Carballeda y Lubián⁶⁶ o el portugués de Algosinho⁶⁷. Otro yacimiento zamorano, El Castro de Riomanzanas⁶⁸, se nos presenta como el ejemplo más próximo, por cuanto a la ordenación de sus defensas se refiere, al del Alto del Arenal de San Leonardo. Por último, parece lógico recordar cómo el número de castros con piedras hincadas no deja de ser minoritario y sus emplazamientos se inscriben en los mismos tipos que los castros en general.

De ahí que, como advirtiera Harbison, no deba considerarse determinante la presencia o no de este sistema defensivo, pues éstas no vienen a introducir un nuevo tipo de fortificación por sí mismas⁶⁹; de la misma manera que, tal y como acaba de poner de manifiesto Esparza, tampoco parece fundamental la forma en que éstas se estructuran y combinan en relación con las otras obras defensivas. Sí parece necesario valorar, sin embargo, como ha señalado este último, la sencillez o complejidad defensiva, pues mientras que en el oriente de la Meseta, Avila y Salamanca predomina el esquema más simple —piedras hincadas delante de la muralla—, el doble foso, los dos campos de piedras hincadas y la acumulación de defensas aparecen como rasgos característicos de los castros de Zamora, Trás-os-Montes, Orense o el asturiano de Pesoz, siendo la última de las características citadas típica de la cultura castreña del Noroeste, dato que es esgrimido como signo de su modernidad⁷⁰.

En efecto, es idea generalmente aceptada que los castros con piedras hincadas más antiguos de la Península Ibérica son precisamente los de la

⁶² MARTÍN VALLS, R., *El castro del Picón de la Mora (Salamanca)*, BSAA, XXXVII, 1971, p. 126, fig. 2, lám. I.

⁶³ Dado a conocer por Tarecena en 1941 (véase nota 31), sólo recientemente ha sido incorporado en los mapas de dispersión de castros con piedras hincadas (BELÉN, M., BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Castilviejo de Guijosa...*, fig. 6).

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 65-69, fig. 3, lám. I.

⁶⁵ Téngase en cuenta lo dicho en la nota 49.

⁶⁶ ESPARZA ARROYO, A., *Nuevos castros con piedras hincadas en el borde occidental de la Meseta*, Actas do Seminário de Arqueología do Noroeste peninsular, Guimarães, 1979, vol. II, Guimarães, 1980, pp. 71-73.

⁶⁷ HARBISON, P., *Castros with chevaux-de-frise...*, pp. 122 y 123, fig. 1.

⁶⁸ ESPARZA ARROYO, A., *Nuevos castros con piedras hincadas...*, p. 73.

⁶⁹ HARBISON, P., *Castros with chevaux-de-frise...*, p. 141.

⁷⁰ ESPARZA ARROYO, A., *Nuevos castros con piedras hincadas...*, pp. 81 y 82.

serranía soriana y que desde aquí y a través del Sistema Central, como permite confirmar hoy el de Castilviejo de Guijosa, se habrían difundido hacia occidente primero y al Noroeste después⁷¹. Su origen en las estacadas centroeuropeas del Ha C parece claro y el hecho de que el yacimiento francés de Pech Maho disponga ya de las defensas en piedra sugiere que éstas se hubieran impuesto previamente a su introducción en nuestra península, en la que, por tanto, habrían sido de piedra desde un principio⁷².

La datación de las piedras hincadas de los castros sorianos se ha basado en el hallazgo en el de Castilfrío de un fragmento de cerámica pintada, del tipo habitualmente llamado hallstättico, cuya cronología se fijaba en los siglos VII y VI a. de C.⁷³; idéntica fecha se defiende para la fase antigua de Castilviejo de Guijosa, a la que se atribuyen las defensas del mismo, en base fundamentalmente al hallazgo de un fragmento de cerámica incisa que se ha relacionado directamente con el citado de Castilfrío⁷⁴. El deterioro que se advierte en las barreras de Cabrejas del Pinar y San Leonardo, yacimientos ambos ocupados en época celtibérica, al igual que el de Guadalajara, desaconseja suponer que éstas se levantaran durante dicha fase y más bien permite sospechar que estuvieran ya en desuso durante la misma, dato que muy bien podría venir avalado por el hecho de que ninguno de los yacimientos sorianos inaugurados a comienzos de la segunda Edad del Hierro o en la plenitud de la misma cuente con este sistema defensivo.

La arquitectura doméstica es, sin lugar a dudas, uno de los aspectos peor conocidos de la cultura castreña soriana, pudiendo decirse que los datos con que contábamos se basaban más en argumentos negativos que en hallazgos contrastados. En efecto, el hecho de que tras excavar en varios castros no llegara Taracena a detectar estructura alguna llevó a este autor a suponer que los más antiguos contarán con simples cabañas, mientras que las construcciones de mampostería habrían comenzado a emplearse en un momento avanzado del desarrollo de la cultura⁷⁵.

Dos de los yacimientos a que se refiriera Taracena han deparado en las excavaciones modernas habitaciones y estructuras de piedra; nos referimos al

71 HARBISON, P., *Castros with chevaux-de-frise...*, p. 147; IDEM, *Wooden and Stone Chevaux-de-Frise in Central and Western Europe*, Proceedings of the Prehistoric Society, XXXVII, 1971, p. 218; BELÉN, M., BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Castilviejo de Guijosa...*, pp. 67 y 69; ESPARZA ARROYO, A., *Nuevos castros con piedras hincadas...*, p. 80; IDEM, *Sobre el límite oriental de la Cultura Castreña*, II Seminario de Arqueología del Noroeste, Santiago de Compostela, 1980, Madrid, 1983, p. 111.

72 HARBISON, P., *Wooden and Stone...*, pp. 212, 214 y 219-221.

73 HARBISON, P., *Castros with chevaux-de-frise...*, pp. 145 y 146; IDEM, *Wooden and Stone...*, p. 218; ESPARZA ARROYO, A., *Nuevos castros con piedras hincadas...*, pp. 77 y 80.

74 BELÉN, M., BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Castilviejo de Guijosa...*, pp. 66, 81-85 y 87, fig. 5.

75 TARACENA, B., *Carta...*, p. 14.

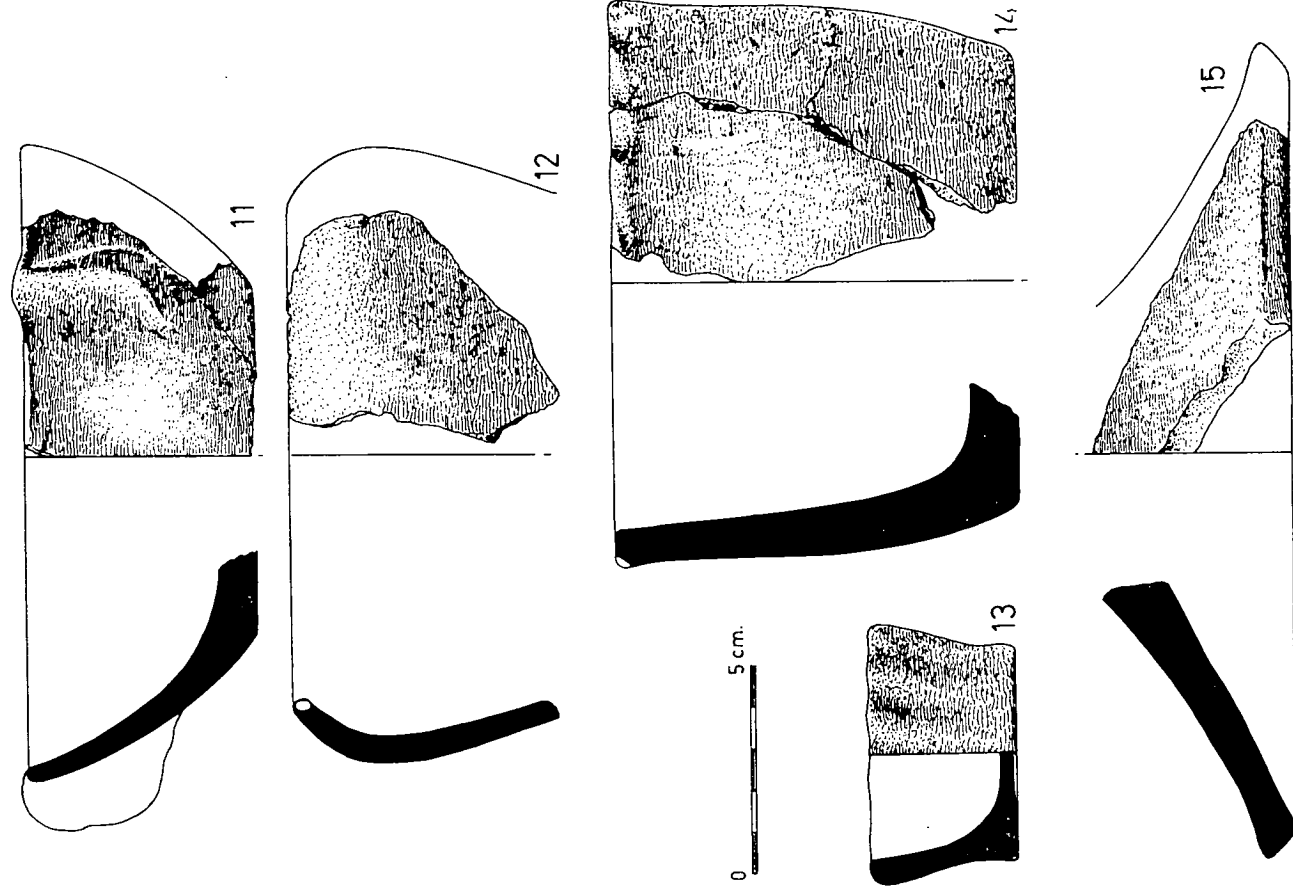


Fig. 4.—Formas cerámicas de los castros sorianos.

Castro del Zarranzano y El Castillo de El Royo⁷⁶. Ello permite suponer que existan igualmente en los demás y ya llamamos la atención en este sentido a raíz de las observaciones realizadas en algún otro caso⁷⁷; por otro lado, parece lógico, máxime si valoramos que todos ellos cuentan con murallas y, en ocasiones, con otros sistemas defensivos levantados con piedra, haciendo gala de una tradición constructiva con base en este material.

La novedad más destacada la han deparado nuestras excavaciones en el Castro del Zarranzano. En el mismo ha sido exhumada una vivienda circular de unos veinte metros cuadrados de superficie, cuyo diámetro interior es de cinco metros y de medio el grosor de sus muros; en el centro de la misma se disponía el hogar y un enlosado localizado al exterior, en el Suroeste, permite suponer que la entrada se orientara en esa dirección. Dicha vivienda se superpone a otra de planta cuadrangular, no excavada todavía en su totalidad, reaprovechando en parte sus muros; en el interior de esta habitación, de muros más anchos —un metro— e igualmente contruidos en piedra, se localizó también un hogar y adosado a él un vasar, sobre el que se apoyaba un molino de mano barquiforme⁷⁸.

La presencia de viviendas circulares en el Castro del Zarranzano y posiblemente también en el de Valdeavellano de Tera⁷⁹, así como su presumible convivencia con otras rectangulares, no parece que deba de extrañarnos hoy a la vista de cuanto ocurre en otros ambientes próximos, tanto geográfica como cultural y cronológicamente. Es bien conocida la honda y larga tradición de que gozaron las viviendas circulares en el poblado vallisoletano del Soto de Medinilla, a lo largo de toda la primera Edad del Hierro⁸⁰; otros yacimientos de la misma facies abundan en idéntico sentido⁸¹, siendo el burgalés

⁷⁶ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, pp. 12 y 7, respectivamente. Es lógico que Eiroa no pudiera dar con el posible fondo de cabaña excavado por Taracena en el castro de El Royo, pues como señala éste no contaba con piedra alguna (EIROA, J. J., *Aspectos urbanísticos...*, p. 85).

⁷⁷ ROMERO CARNICERO, F., *Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana...*, p. 192, para El Castillo de las Espinillas de Valdeavellano de Tera. Téngase en cuenta, igualmente, a título de ejemplo, como en la zona más baja de Los Castillejos de El Espino, casi inmediatas a la muralla del flanco occidental, afloran a la superficie alineaciones de piedras que permiten pensar en varias habitaciones de planta rectangular, yuxtapuestas unas a otras por sus lados mayores, perpendiculares a la muralla y presumiblemente no adosadas a ella.

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 190 y 191, figs. 2 y 3, lám. I.

⁷⁹ Véase nota 77.

⁸⁰ PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta Arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid, 1974, pp. 181-195, figs. 61-66, láms. XVII-XXI.

⁸¹ Así los poblados vallisoletanos de Zorita, en Valoria la Buena (MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *Die Hallstatt-zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)*, *Madrider Mitteilungen*, 19, 1978, pp. 223 y 224, fig. 4), La Mota del Marqués, Pollos, Simancas y Torrelobatón (PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta...*, pp. 106-107, 122-123, 143 y 163, respectivamente) y Montealegre, localidad en la que era conocida la existencia de un asentamiento del Soto II, bajo el castillo medieval (*Ibidem*, p. 104; MAÑANES, T., *Arqueología vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato. (Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero)*, Valladolid, 1983, p. 20,

de Roa el más oriental de los conocidos⁸². En los castros alaveses de Peñas de Oro⁸³ y Castillo de Henayo⁸⁴ se fechan tardíamente, en el siglo v a. de C.⁸⁵, e igual cronología se baraja para las de La Hoya, donde junto a ellas figuran otras rectangulares⁸⁶. Igualmente tardías y asociadas posiblemente también a otras rectangulares parecen las riojanas de Cerro Sorbán en Calahorra⁸⁷, Libia en Herramélluri⁸⁸ y San Miguel de Arnedo⁸⁹ y a la primera Edad del Hierro, aunque sin cronología precisa, se llevan las burgalesas conocidas hasta la fecha⁹⁰.

lám. II-4), y en la que han quedado al descubierto, bien recientemente, restos de varias viviendas circulares con zócalos de piedra, en la ladera del cerro sobre el que se alza la citada fortaleza. Ya en la provincia de León, téngase en cuenta el castro de Pedredo (MAÑANES, T., *Contribución a la Carta Arqueológica de la provincia de León. Aspectos histórico-arqueológicos*, en *León y su Historia*, IV, Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 18, León, 1977, pp. 324-326 y 343, fig. 5-45, lám. I-3), sobre cuya problemática insistimos en otro lugar (ROMERO CARNICERO, F., *Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana...*, pp. 192 y 200-201, nota 17) y cuya vinculación al horizonte Soto de Medinilla ha sido recientemente confirmada por Esparza en el contexto general de la expansión de los poblados de dicho tipo por los territorios noroccidentales de la Cuenca del Duero (ESPARZA ARROYO, A., *Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio Astur*, en *Cántabros y Astures*, Lancia, 1, 1983, pp. 88-95, en general, y 90, en particular, para los aspectos que se citan, mapa n.º 3).

⁸² ABASOLO, J. A., y otros, *Arqueología burgalesa*, Burgos, 1982, p. 28.

⁸³ UGARTECHEA, J. M., LLANOS, A., FARIÑA, J. y AGORRETA, J. A., *El castro de Las Peñas de Oro (Valle de Zuya-Alava)*, en *Investigaciones Arqueológicas en Alava. 1957-1968*, Vitoria, 1971, pp. 249-251 y 258-259, láms. XXXVI y XXXVII, fots. 24-32.

⁸⁴ LLANOS, A., APELLÁNIZ, J. M., AGORRETA, J. A. y FARIÑA, J., *El castro del Castillo de Henayo (Alegria-Alava). Memoria de Excavaciones. Campañas 1969-1970*, Estudios de Arqueología Alavesa, 8, 1975, pp. 122-131 y 190-193, láms. V, XV, XVII y XXXI, fots. 3-9.

⁸⁵ Además de los trabajos citados en las dos notas anteriores, téngase en cuenta también: LLANOS, A., *El Bronce Final y la Edad del Hierro en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya*, en *Els pobles pre-romans del Pirineu*, 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, 1976, Puigcerdà, 1978, pp. 125 y 126.

⁸⁶ Véanse, junto al trabajo citado en la nota precedente: LLANOS, A., *Un ejemplo de hábitat prerromano en el Alto Ebro. El poblado de «La Hoya» (Laguardia-Alava)*, Symposium de Ciudades Augusteas, Zaragoza, 1976, vol. II, Zaragoza, 1976, p. 22; IDEM, *La Hoya, un poblado del primer milenio antes de Cristo*, Vitoria, 1983, pp. 9 y 12.

En un reciente artículo sobre las antiguas excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento se citan viviendas irregularmente redondeadas, junto a otras rectangulares y trapezoidales, sin especificar la fase del poblado a que pertenecen; cabe sospechar, pese a todo, que, dado que se señala la existencia de vestigios de muros más antiguos, correspondan a H-I, poblado erigido tras el incendio que, a comienzos del siglo IV a. de C., asoló a H-II (NIETO GALLO, G., *El yacimiento prerromano de «La Hoya» Laguardia (Alava)*, I Coloquio sobre Historia de la Rioja, Logroño, 1982, Logroño, 1983, Cuadernos de Investigación. Historia, IX-1, 1983, pp. 98 y 101).

⁸⁷ *Arqueología* 80, p. 99, n.º 182.

⁸⁸ CASTIELLA RODRÍGUEZ, A., *La Edad del Hierro...*, pp. 84-105, figs. 68-74, lám. IV-4. Es posible que las viviendas circulares correspondientes a la primitiva población de Libia, como la exhumada por Castiella en LR-II, convivieran, dado que en uno y otro caso se acompañan de cerámicas hechas a mano, con las rectangulares de mampostería descubiertas en el sector Jul. (MARCOS POUS, A., *Trabajos arqueológicos en la Libia de los berones (Herramélluri, Logroño)*, Logroño, 1979, p. 88).

⁸⁹ CASTIELLA RODRÍGUEZ, A., *Un nuevo yacimiento celtibérico en Arnedo (Logroño)*, XIII CNArq., Huelva, 1973, Zaragoza, 1975, pp. 627-632; IDEM, *La Edad del Hierro...*, pp. 154-161, figs. 126-130, lám. V-2.

⁹⁰ Piénsese, además de en las de Roa a las que, por vincularse al mundo del Soto de Medinilla, nos hemos referido líneas arriba, en la excavada por Osaba y Luis Mon-

En definitiva, puede decirse que, salvo en el horizonte Soto de Medinilla, las viviendas circulares fueron adoptadas tardíamente ya, en los últimos compases presumiblemente del primer Hierro o inmediatamente antes de la expansión del mundo celtibérico⁹¹, por las gentes de otros grupos de Campos de Urnas Tardíos, quienes, paralelamente, construían otras rectangulares⁹², que pasarían a generalizarse con posterioridad.

De muy importante puede calificarse el avance conseguido en el conocimiento de los materiales de la cultura castreña soriana y, en particular, por cuanto a sus cerámicas se refiere.

Convendría recordar, en este sentido, la escasa documentación gráfica con que se contó durante largos años⁹³. Ello explica que a lo largo de los mismos la única referencia válida fuera la que se desprendía del estudio inicial

terverde en Lara de los Infantes (LUIS MONTEVERDE, J., *Los torques de Jaramillo Quemado*, V CNArq., Zaragoza, 1957, Zaragoza, 1959, p. 207; IDEM, *Los castros de Lara (Burgos)*, Zephyrus, IX, 1958, p. 191) y en las que han podido apreciarse a simple vista en Ficón de Navas, en Navas del Pinar, el Pico del Aguila de Mamolar de la Sierra y El Picacho de Santo Domingo de Silos (ABASOLO, J. A. y GARCÍA ROZAS, R., *Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. Partido Judicial de Salas de los Infantes*, Burgos, 1980, pp. 13, en general, y 51-53, 73-74 y 87, para cada uno de los yacimientos que se citan, respectivamente). La identificación definitiva de las viviendas de los últimos yacimientos citados está pendiente de confirmación, así como, en algún caso al menos, su vinculación a la Edad del Hierro; las relaciones apuntadas por Abásolo y García Rozas entre El Picacho y las cuevas del Picacho y del Padre Saturio (*Ibidem*, p. 88) han sido reforzadas por Delibes y Municio que consideran al conjunto como un único yacimiento, correspondiente a la civilización campaniforme de Ciempozuelos (DELIBES, G. y MUNICIO, L., *Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta Norte*, Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Soria, 1981, pp. 76 y 77, figs. 4 y 5).

⁹¹ Inversamente en el centro de la Cuenca del Duero, en los poblados del tipo Soto de Medinilla, las viviendas rectangulares podrían haberse introducido a finales de la fase Soto II o comienzos de Cogotas IIa, tal y como parece deducirse de las excavaciones llevadas a cabo no hace mucho, con ocasión de la ampliación del cementerio de la villa, al pie del castillo de La Mota, en Medina del Campo (Valladolid), de las que dimos una primicia en ROMERO CARNICERO, F., *Nuevo yacimiento de la Edad del Hierro en Medina del Campo*, Revista de Arqueología, 21, 1982, p. 24.

⁹² De la misma manera que cabe apuntar este dato para algunos yacimientos arriba citados, es posible barajarlo en el caso del Castro del Zarranzano, dado que ciertas construcciones de planta rectangular aparecidas en otros sectores del castro, y muy particularmente en el Sector III, pudieran ser contemporáneas de la vivienda circular del Sector II.

⁹³ Recuérdese cómo hasta la publicación, en 1972, del trabajo de Fernández Miranda, en el que, como es sabido, la atención se centra en el estudio de las cerámicas (FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Los castros...*, pp. 29-60, láms. I-IV), apenas si contamos con otra documentación que el dibujo de algunos perfiles cerámicos y las fotografías de ciertos fragmentos, cerámicos igualmente, y objetos metálicos que, en el mejor de los casos, cabría atribuir a los castros de Valdeavellano de Tera y Castilfrío de la Sierra (TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, figs. 14 y 15, láms. I y II) y que, merced a su reproducción en otros trabajos, fueron, eso sí, ampliamente difundidos (piénsese, a título de ejemplo, en los dos, sin duda, más significativos: BOSCH GIMPERA, P., *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, figs. 489, 492 y 493; ALMAGRO, M., *La invasión céltica...*, fig. 183). Con posterioridad, la publicación de algunos perfiles cerámicos de El Castillo de Soria, apenas si vino a sumar algo nuevo a lo ya conocido (ORTEGO, T., *Celtas en tierras de Soria y Teruel. (Tres yacimientos inéditos)*, II CNArq., Madrid, 1951, Zaragoza, 1952, fig. 10).

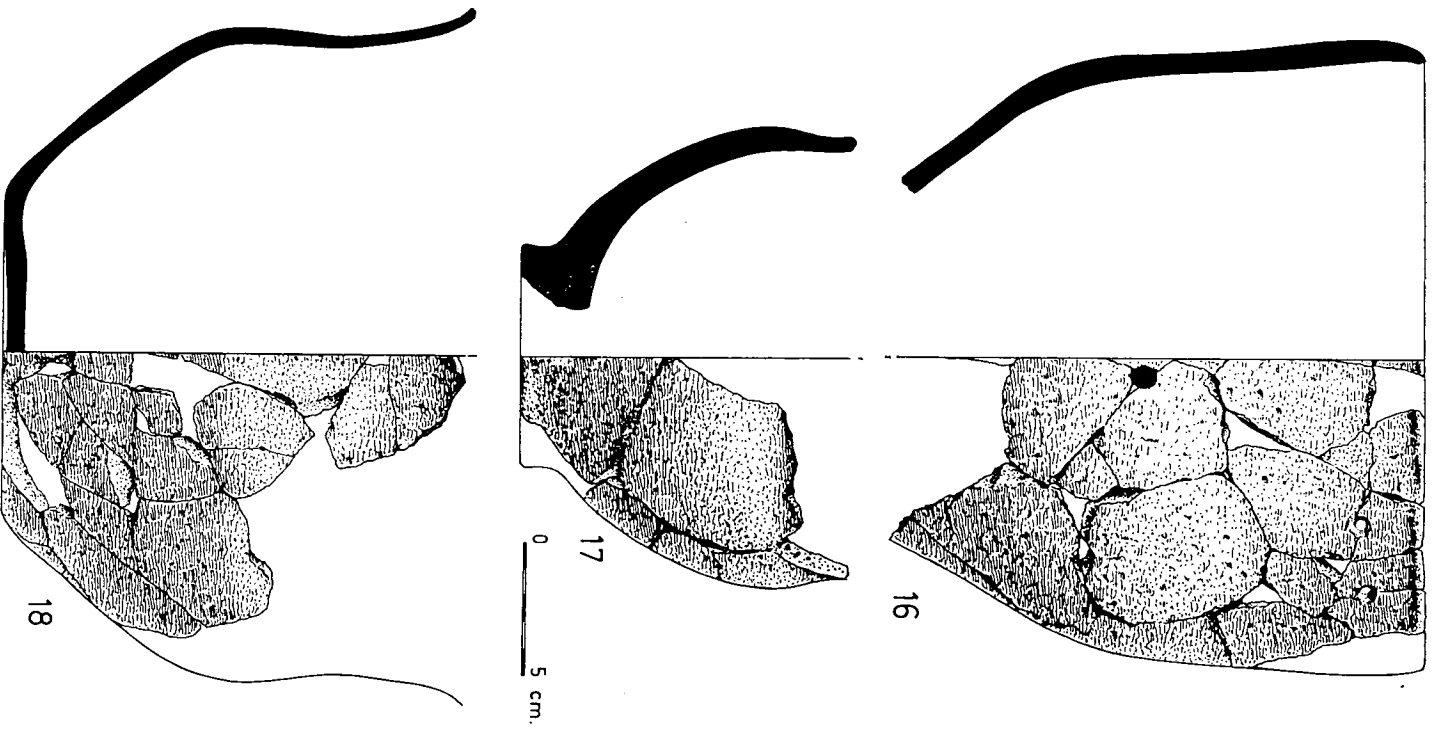


Fig. 5.—Formas cerámicas de los castros sorianos.

de Taracena, quien veía en ellas una simbiosis de elementos arcaizantes, reminiscencia de la cultura de las cuevas (Cueva del Asno), y aportaciones hallstáticas, similares a las apreciables en los poblados bajoaragoneses⁹⁴. La vinculación de sus perfiles a los del Ha C y D centroeuropeos parte de Almagro y ha venido manteniéndose desde entonces⁹⁵. Tal ocurre en el estudio de Fernández Miranda, quien, pese al considerable esfuerzo de reunir e inventariar la práctica totalidad del material conservado en el Museo Celtibérico, apenas si pudo llegar a otra conclusión, víctima del criterio selectivo con que habían sido recogidos aquéllos en las antiguas excavaciones⁹⁶; él mismo y Balbín insistían, prácticamente al tiempo, en la relación, apuntada por Taracena, entre las cerámicas de los castros y las de las cuevas, como la del Asno, si bien considerando a estas últimas como del Hallstatt final y precedente inmediato de las de aquéllos⁹⁷. Hoy sabemos, y ellos mismos lo han puesto de manifiesto⁹⁸, que la mayor parte de los materiales de dicha cueva son mucho más antiguos, del Bronce Medio⁹⁹.

No sin cierto grado de satisfacción podemos afirmar que el panorama es hoy bien diferente, merced, fundamentalmente, al abundante material cerámico proporcionado por nuestras excavaciones en el Castro del Zarranzano¹⁰⁰; ello ha sido posible también, lógico es reconocerlo, gracias a una paciente y prolongada labor de reconstrucción y restauración, de cuyos resultados habla por sí misma la tabla de formas que ofrecemos.

En el conjunto de las veinticinco formas que hemos individualizado cabe citar, en primer lugar, aquellos vasos que incluimos entre las especies más finas, de arcillas bien decantadas y superficies cuidadosamente alisadas y, en múltiples ocasiones, bruñidas, por lo que ofrecen un brillo característico, casi metálico; su color suele ser, al menos en el último caso citado, el negro, aunque no falten los grises y, en menor medida, los pardos. Son las formas 1 a 6. A su lado, las formas 7 a 15, de arcillas decantadas y superficies cuidadas, espatuladas o bien alisadas, pueden incluirse también entre los tipos más finos y al igual que las anteriores son, con frecuencia, de reducido tamaño. Las formas restantes se caracterizan por su tamaño medio o grande y ofrecen apariencia ordinaria debido a lo grueso de sus paredes y a que la arcilla con

⁹⁴ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 25.

⁹⁵ ALMAGRO, M., *La invasión céltica...*, p. 214 y 215.

⁹⁶ FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Los castros...*, pp. 56-59.

⁹⁷ FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y BALBÍN BEHRMANN, R. de, *La Cueva del Asno...*, pp. 168-171.

⁹⁸ BELÉN, M., BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Castilviejo de Guijosa...*, p. 84.

⁹⁹ Ténganse en cuenta a este respecto lo expuesto al principio de este trabajo y las referencias bibliográficas recogidas en las notas 10 y 12.

¹⁰⁰ Un primer avance en este sentido, aunque centrado en los materiales más frecuentes y significativos proporcionados por la excavación del Sector II, puede verse en ROMERO CARNICERO, F., *Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana...*, pp. 195 y 196, fig. 4.

que se fabricaron no fue bien tamizada del todo, lo que no quita para que en ocasiones su superficie externa presente un aspecto cuidado; se trata de formas ovoides, globulares o bitroncocónicas y predominan los tipos de cuellos perfectamente diferenciados.

Es notoria la pobreza decorativa de las cerámicas castreñas. La decoración se reduce, en los más de los casos, a impresiones digitales o ungulaciones en los bordes, aunque no falten ejemplos en que éstas se alojan bajo aquéllos, en la base o sobre cordones y baquetones que, por lo general, delimitan diferentes partes del cuerpo de los vasos. Junto a ellas encontramos, aunque en número muy reducido, temas incisos: series de tres líneas paralelas oblicuas y alternantes generalmente, líneas en zig-zag o grupos de líneas paralelas verticales al pie. Finalmente, se documentan toscas decoraciones a peine que, por lo profundo de los surcos, cabe pensar fueran realizadas con un peine metálico de puas finas y juntas; vasos con superficies cepilladas y algunas decoraciones plásticas completan tan exiguo repertorio.

No olvidamos el fragmento de Castilfrío de la Sierra, perteneciente a un cuenco de la Forma 1, con decoración pintada de motivos geométricos al interior y exterior¹⁰¹. Con base fundamentalmente a la pretendida monocromía de la decoración el fragmento ha venido asociándose a los ejemplares del Valle del Ebro de filiación hallstättica¹⁰². Por nuestra parte llamamos la atención sobre la bicromía de la decoración¹⁰³, dato que implícitamente cabe advertir en la descripción de Taracena¹⁰⁴; en virtud de ello cabe incluirlo en el Tipo «Meseta» de Almagro Gorbea¹⁰⁵, lo que, en cualquier caso, parece más lógico dado el contexto general en que se inscriben los castros sorianos¹⁰⁶.

Del estudio de las formas y decoraciones de las cerámicas sorianas se

¹⁰¹ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 19, fig. 15. La pieza se encuentra depositada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

¹⁰² ALMAGRO GORBEA, M., *La necrópolis de «Las Madrigueras», Carrascosa del Campo (Cuenca)*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. X, Madrid, 1969, pp. 110-115, fig. 61; ARRIBAS PALAU, A., PAREJA LÓPEZ, E., MOLINA GONZÁLEZ, F., ARTEAGA MATUTE, O. y MOLINA FAJADO, F., *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina», Monachil (Granada)*. (El corte estratigráfico N.º 3), Excavaciones Arqueológicas en España, 81, Madrid, 1974, pp. 145-147; ALMAGRO GORBEA, M., *El Bronce Final...*, pp. 458-461, fig. 189.

¹⁰³ ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, p. 74.

¹⁰⁴ «Es el borde de una escudilla morena en la superficie interna y roja al exterior, decorado en ambas con pinturas geométricas y sin huella previa, ya coloreadas con la misma tonalidad que el barro y acusadas solamente por el pequeño relieve que forman» (TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 19, la cursiva es nuestra).

¹⁰⁵ Presente en el área que le da nombre y el Valle del Ebro, originado, según parece, en el Tipo «Andaluz» y fechable entre los siglos VII y V a. de C. (ALMAGRO GORBEA, M., *El Bronce Final...*, p. 260).

¹⁰⁶ La nueva lectura del fragmento de Castilfrío de la Sierra viene así a liquidar la contradicción sobre la que no hace mucho llamaba la atención Esparza (ESPARZA ARROYO, A., *Nuevos castros con piedras hincadas...*, p. 77).

desprende su relación con la de otros yacimientos de Campos de Urnas y la presencia de vasos con cuellos cilíndricos o troncocónicos, pies anulares o bases de umbo central permite vincularlas a los Periodos V y VI de los Campos de Urnas del Noreste, de Almagro Gorbea, o Campos de Urnas de la Edad del Hierro¹⁰⁷.

Sus relaciones son particularmente notorias con los materiales navarro-riojanos, recientemente estudiados por Castiella, entre los que se documentan más de una docena de formas como las nuestras, cuyo apogeo se sitúa en las provincias vecinas en la Fase II del primer Hierro (700-500 a. de C.), aunque muchas de ellas perduran a lo largo de la Fase III (500-350 a. de C.), hasta la aparición de las especies a torno¹⁰⁸. Y tampoco faltan conexiones con los

¹⁰⁷ ALMAGRO GORBEA, M., *El Pic dels Corbs...*, pp. 126 y 127, cuadro I.

¹⁰⁸ CASTIELLA RODRÍGUEZ, A., *La Edad del Hierro...*, figs. 178-180, en general. A continuación ofrecemos una relación de equivalencias entre las formas de los castros sorianos y las de los yacimientos navarro-riojanos; debe de entenderse que dicha relación se establece en líneas generales, sin entrar en las matizaciones a que en cada caso hubiera lugar. Es más, habida cuenta de los criterios seguidos por Castiella para agrupar sus vasos bajo una determinada forma, no es raro que aquél que ilustra una de las suyas y el nuestro correspondiente tengan poco o nada que ver entre sí y que, pese a todo, puedan establecerse conexiones con alguna de las variantes advertidas para dicha forma o aún, incluso, con ciertos vasos o fragmentos recogidos bajo la misma. En cualquier caso, hemos respetado siempre los grupos y numeraciones de las tablas establecidas por Castiella y junto a cada forma de las suyas hacemos constar entre paréntesis, las referencias concretas a la misma en la obra arriba citada; en aquellos casos en que es preciso tener en cuenta las salvedades apuntadas figura a continuación, en *cursiva*, la correspondiente pieza o piezas más próximas a las nuestras:

castros sorianos	Navarra y Rioja			
	pulidos	s. pulir	ofrendas	
1	7	—	—	(p. 247, figs. 200-202).
2	9	—	—	(pp. 252-258, figs. 205-208, lám. XII-3; fig. 207-7).
5	5	—	—	(p. 242, figs. 196 y 197, lám. XI-7 y 8).
6	6	—	—	(pp. 242-247, figs. 198 y 199, lám. XII-1).
8	1	—	—	(pp. 229-237, figs. 187-192, lám. XI-1 a 4, fig. 191-1).
9	—	—	6	(fig. 179-6).
10	7	—	5	(cit., en general, y fig. 179-5, respectivamente).
11	8	—	—	(pp. 251 y 252, figs. 203 y 204, lám. XI-2; fig. 203-2).
13	—	—	1	(fig. 179-1).
14	—	3	—	(p. 287, figs. 233 y 234, lám. XIII-3; fig. 233-2).
15	12	—	—	(pp. 261 y 262, figs. 212 y 213, lám. XII-5; fig. 212-5).
18	4	—	—	(pp. 239-242, figs. 240 y 241, lám. XI-6; fig. 194-1).
19	10	—	—	(pp. 258 y 259, fig. 209; fig. 209-3).

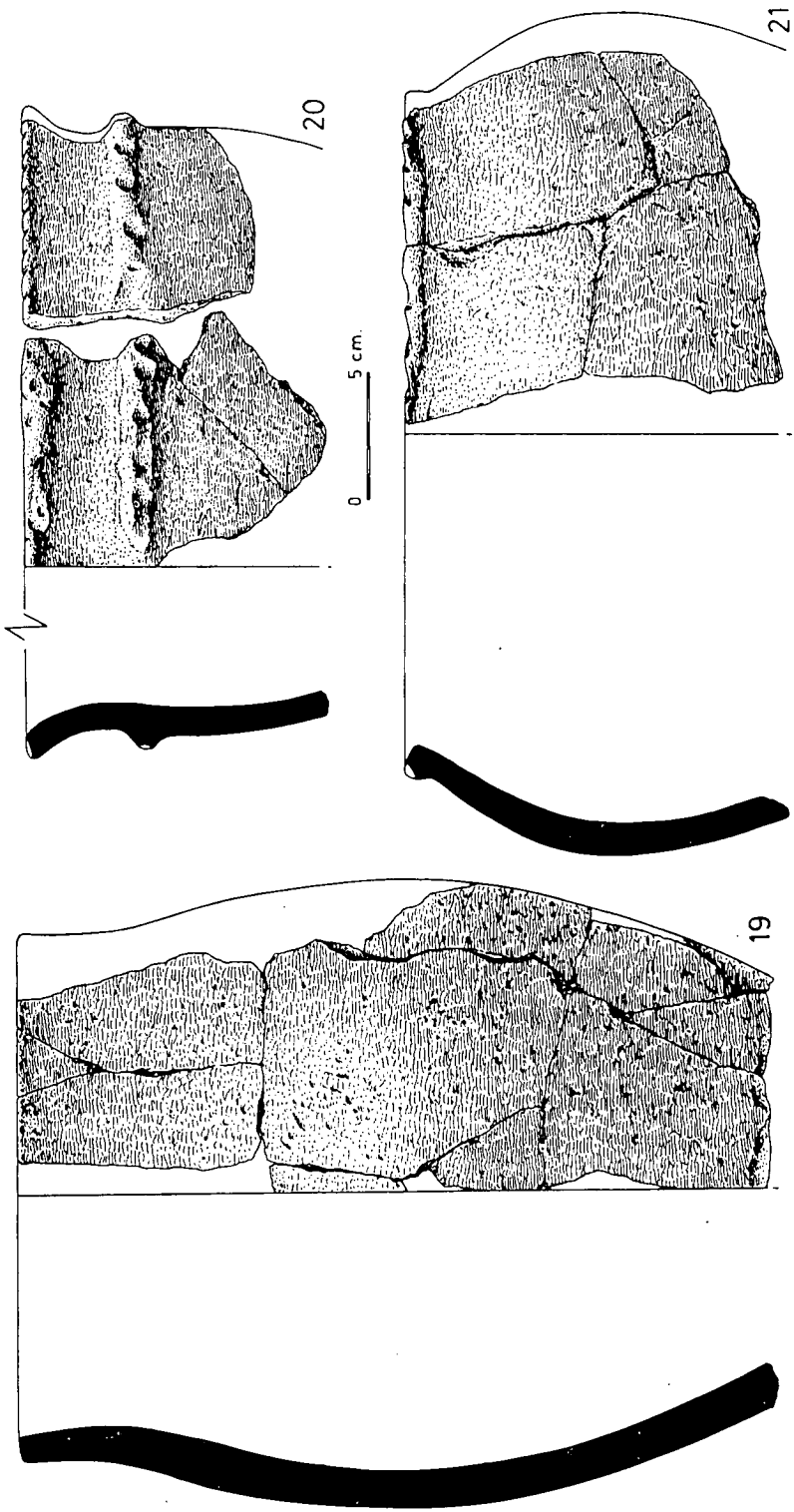


Fig. 6.—Formas cerámicas de los castros sorianos.

poblados alaveses; así vasos como los nuestros se documentan en la práctica totalidad de los niveles del Castillo de Henayo¹⁰⁹, en Peñas de Oro¹¹⁰ y la Hoya¹¹¹.

Dos yacimientos aragoneses, el Cabezo de la Cruz de la Muela y el Roquizal del Rullo de Fábara, ambos en la provincia de Zaragoza, ofrecen referencias puntuales para la datación de nuestras cerámicas. El primero, en el que se dan cuatro al menos de nuestras formas, se fecha entre el 700 y finales del siglo VI o principios del V a. de C.¹¹²; en el segundo, cuyo desa-

castros sorianos	Navarra y Rioja			
	pulidos	s. pulir	ofrendas	
20	—	8	—	(p. 299, figs. 243 y 244; fig. 243-1 y 2).
21	—	2 y 8	—	(pp. 283-287, figs. 230-232 y cit., respectivamente; fig. 230-2 y 243-5).
22	—	1	—	(pp. 272-283, figs. 220-229, lám. XIII-4; figs. 222 y 225-3).
23	—	1	—	(cit.; figs. 220-2 y 227-1).
24	—	T. C	—	(p. 305, fig. 248-1).

Ningún perfil de los recogidos por Castiella entre sus cerámicas a mano puede relacionarse con nuestra Forma 25; cabe pensar, sin embargo, en un vaso celtibérico procedente de La Peña del Saco de Fitero (Navarra), incluido por dicha autora entre las cerámicas a torno poco comunes de Navarra y Rioja (*Ibidem*, figs. 147-1 y 183-3). Para el caso de las copas, recogidas en nuestra Forma 4, y por lo que al área que nos ocupa se refiere podría pensarse en el ejemplar recogido sobre el piso M6 de los sectores 20/21Q de Cortes de Navarra, perteneciente a PIIB (MALUQUER DE MOTES, J., *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico-II*, Excavaciones en Navarra, VI, Pamplona, 1958, pp. 108-110 y 117-118, fig. 38, láms. I, II y XLVI sup. dcha.).

¹⁰⁹ Así nuestras Formas 2 y 23 figuran en el nivel IIIc (LLANOS, A., APELLÁNIZ, J. M., AGORRETA, J. A. y FARIÑA, J., *El castro del Castillo de Henayo...*, lám. XXVI-3 y 1 y 9), las 6 y 23 IIIa y b (*Ibidem*, lám. XVIII-3 y 5), las 17 y 19 en IIb (*Ibidem*, lám. XII-1 y 3) y las 2, 3 y 11 en IIa (*Ibidem*, lám. VII-3, 7 y 10 y 14). Finalmente la Forma 5 parece abarcar, con ligeras variantes, la totalidad de la vida del poblado (*Ibidem*, láms. VII-6, XII-4, XVIII-1 y 7 y XXVI-10).

¹¹⁰ Vasos como los sorianos de la Forma 8 se documentan en el nivel III de Escotilla III (UGARTECHEA, J. M., LLANOS, A., FARIÑA, J. y AGORRETA, J. A., *El castro de Las Peñas de Oro...*, lám. XLI-3) y en el nivel IIb de Escotilla II (*Ibidem*, lám. X-8), en el que se encuentra igualmente la Forma 23 (*Ibidem*, lám. XI-1).

¹¹¹ Entre los materiales de La Hoya que cabe poner en relación con nuestros vasos hay que citar aquellos que responden a las Formas 2, 5, 6 y 23 (LLANOS, A., *La Hoya, un poblado del primer milenio...*, p. 12, fot. inf.; NIETO GALLO, G., *El yacimiento prerromano de «La Hoya»...*, pp. 96 y 97, fig. 1).

Para las cerámicas de la Hoya y la de los dos castros alaveses citados con anterioridad téngase en cuenta la magnífica documentación gráfica, con fotografías en color, ofrecida en: LLANOS, A., «Castro del Castillo de Henayo», «Castro de Las Peñas de Oro» y «El poblado de La Hoya», en *Museo de Arqueología de Alava*, Vitoria, 1983, pp. 79-83, 87 y 111-114, respectivamente.

¹¹² BURILLO MOZOTA, F. y FANLO LORAS, J., *El yacimiento del Cabezo de la Cruz (La Muela-Zaragoza)*, Caesaraugusta, 47-48, 1979, pp. 44-50, 54-60 y 61-62, fig. 5, en general. Al margen de ciertos casos particulares que, por tratarse de variantes poco

rollo ha sido sistematizado recientemente de manera ejemplar por Ruiz Zapatero, las relaciones apuntan a Roquizal III, que se corresponde con un momento avanzado de la Segunda Fase de Campos de Urnas del Bajo Aragón o Periodo V, de Almagro Gorbea, para los Campos de Urnas del Noreste, y Roquizal IV o Tercera Fase de Campos de Urnas del Bajo Aragón y Periodo VI del Noreste, fechado en el siglo VI a. de C. y con cerámicas a torno ya ¹¹³.

Ya en la Cuenca del Duero es forzoso orientar la atención hacia los poblados de la facies Soto de Medinilla. Y si bien es cierto que algunos de nuestros vasos encuentran réplicas idóneas en las cerámicas que cabe asimilar al Soto I ¹¹⁴, la verdad es que las relaciones entre unas y otras, sobre las que ya llamaron la atención Martín Valls y Delibes ¹¹⁵, se acentúan a lo largo del desarrollo del Soto II ¹¹⁶, cuyos inicios se fijan en el 650 a. de C., toda

frecuentes de nuestras formas, no quedan recogidas en la tabla general de las mismas, documentamos en el yacimiento zaragozano las Formas 5, 6, 8 y 21 (*Ibidem*, fig. 5-14, 16, 30 y 34-35, respectivamente).

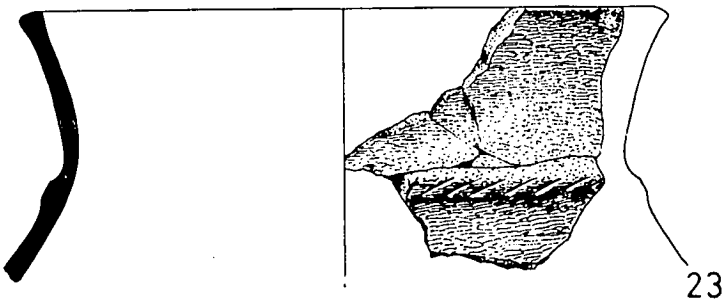
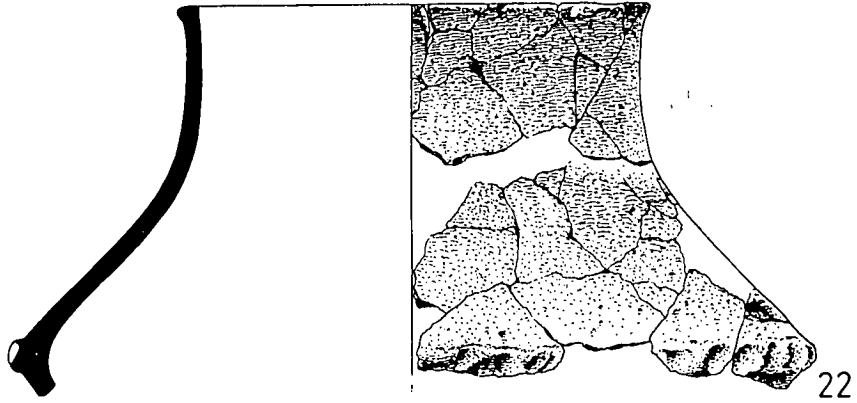
¹¹³ En general, para las formas que a continuación se enumeran y su cronología, téngase en cuenta: KUIZ ZAPATERO, G., *El Roquizal del Rullo...*, pp. 270 y 278, fig. 18. En relación con nuestra Forma 8 hay que citar las 5b y 6 de Ruiz Zapatero y, muy particularmente, la primera de ellas, cuyos vasos son ya lisos, como el del Castro del Zarranzano que ilustra nuestra forma, en Roquizal III (*Ibidem*, fig. 14-2); a esta misma fase corresponden los platos troncocónicos de pequeña base plana, paredes convexas y asita anular bajo el borde, de la Forma 11, que cabe relacionar con la nuestra de igual número (*Ibidem*, fig. 14-11 y 12). Para nuestra Forma 9 contamos en el Roquizal del Rullo (Forma 12) con dos ejemplares, uno de los cuales está ya hecho a torno (*Ibidem*, fig. 14-13 y 14), y otro tanto ocurre con las tapaderas de la Forma 15 —13 en Roquizal— (*Ibidem*, fig. 14-15 y 16, lám. V-2), razón por la cual una y otra han sido asimiladas a Roquizal IV. Finalmente, el vaso incompleto que recogemos en la Forma 20 ha de ponerse en conexión con las cerámicas con decoración plástica del yacimiento aragonés (*Ibidem*, p. 273, fig. 15-4, lám. V-1), de amplia datación.

¹¹⁴ Piénsese fundamentalmente, en la Forma 7, bien representada en el yacimiento sobre el que se asentó en parte, con posterioridad, la villa romana de Almenara de Adaja (ROMERO CARNICERO, F., *Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero*, BSAA, XLVI, 1980, pp. 138-145, fig. 1-9 a 14, donde nos ocupamos con detenimiento de esta forma).

En el Soto I cabría pensar, igualmente, respecto de la Forma 8, dada su presencia también en el yacimiento vallisoletano citado (DELIBES DE CASTRO, G. y MOURE, A., *Excavaciones arqueológicas en la villa romana de Almenara de Adaja (Provincia de Valladolid). Campaña de 1969*, NAHisp., Arqueología, II, Madrid, 1974, pp. 41-42, fig. 19). Por el contrario, nos inclinamos por el Soto II, a la vista de los restantes materiales proporcionados por el poblado, en el caso de un galbo similar de Montpodre (Abezames, Zamora) (MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)*, BSAA, XLIV, 1978, pp. 321-324, fig. 1-6).

¹¹⁵ MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *El poblado protohistórico del Cerro de San Andrés en Medina de Rioseco*, Archivos Leoneses, 57-58, 1975, p. 199; IDEM, *Die Hallstatt-zeitliche...*, p. 220. Por nuestra parte insistimos sobre el particular en ROMERO CARNICERO, F., *Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro...*, p. 148.

¹¹⁶ Además de cuanto queda dicho en la nota 114 a propósito de la Forma 8, recordemos como la 2 figura en los poblados zamoranos de Montpodre (Abezames) (MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *Hallazgos... (V)*, p. 322, fig. 1-2) y Peñas Coronas de Carbajales de Alba (IDEM, *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV)*, BSAA, XLIII, 1977, p. 291, fig. 1-10), el leonés de Altafría en Valderas (DELIBES DE CASTRO, G., *Colección arqueológica «Don Eugenio Merino» de Tierra de Campos*, Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 14, León, 1975, fig. 35-1) o el valli-



0 10 cm.

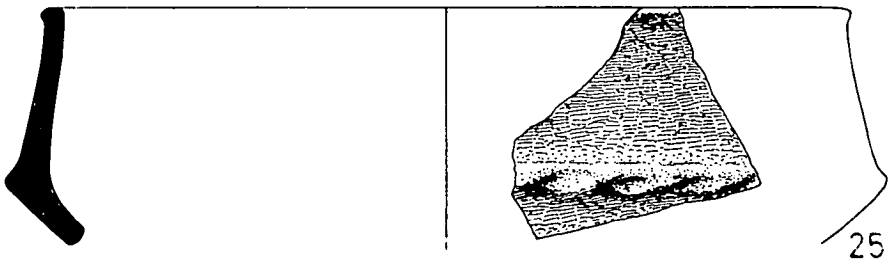
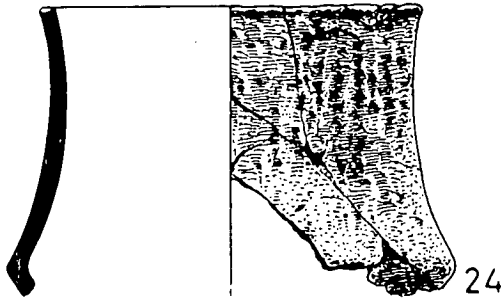


Fig. 7.—Formas cerámicas de los castros sorianos (la 25 al doble de la escala).

vez que Palol estableció la ecuación Soto II = PIIb de Cortes de Navarra¹¹⁷; el problemático final de la segunda fase del Soto podría situarse en torno al 400 a. de C.¹¹⁸.

Finalmente, algunos yacimientos de la Meseta Sur contribuyen también con su información a precisar la cronología de nuestros materiales. Tales son, en la provincia de Guadalajara, el poblado de Riosalido, fechado en el siglo VI a. de C.¹¹⁹, o las necrópolis de Prados Redondos, cuya fase antigua se lleva a los siglos VII y VI¹²⁰, y de Valdenovillos, para la que parece prudente pensar

soletano del Pago de Gorrita (ROMERO CARNICERO, F., *Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro...*, pp. 146 y 147, fig. 2-5). La Forma 3 se documenta en el yacimiento de Zorita (Valoria la Buena, Valladolid) (MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *Die Hallstatt-zeitliche...*, fig. 3-10) y la 5 en el también vallisoletano, ya citado, del Pago de Gorrita (ROMERO CARNICERO, F., *Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro...*, p. 148, fig. 2-9) y en el castro zamorano de La Corona en Manganeses de la Polvorosa (MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)*, BSAA, XLVII, 1981, p. 172, fig. 4). Y ello sin olvidar los cuencos y tapaderas —Formas 1 y 15, respectivamente—, habituales en todos los yacimientos de tipo Soto de Medinilla.

¹¹⁷ PALOL, P. de, *Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos del Barrio de San Pedro Repalado de Valladolid*. A Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento, México, 1963, pp. 144 y 149; PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta...*, p. 34.

¹¹⁸ PALOL, P. de, *Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja...*, pp. 144 y 150; IDEM, *Algunas reflexiones sobre Numancia y Clunia en Numancia Crónica del Coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la Epopeya Numantina*. Monografías Arqueológicas, 10. Zaragoza, 1972, n. 102; IDEM, *Alava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro*. Estudios de Arqueología Alavesa, VI, 1974, pp. 98 y 99; PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta...*, pp. 34-37 y 192; ROMERO CARNICERO, F., *Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro...*, p. 152.

La problemática general sobre la cronología del Soto de Medinilla queda recogida en nuestro trabajo citado (*Ibidem*, pp. 144-145 y 151-152). Con posterioridad y por cuanto se refiere a sus inicios, téngase en cuenta: MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., *Hallazgos...* (VIII), p. 175; los diferentes argumentos barajados para fijar el momento final del Soto II quedan resumidos en: ESPARZA ARROYO, A., *Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro...*, p. 91.

¹¹⁹ Al margen de ciertos vasos que cabe relacionar con variantes de nuestras Formas 1 y 11 (FERNÁNDEZ-GALIANO, D., *Notas de prehistoria Sauruntina*, Wad-al-Havara, 6, 1979, p. 25, n.º 894, fig. 2-894, y p. 25, n.º 890-891, fig. 3-890-891, respectivamente), está bien documentada, aunque con algunos rasgos que la diferencian de la nuestra, la Forma 3 (*Ibidem*, pp. 25, n.º 893, 26, n.º 913-917, y 47, fig. 2-913-917, lám. XVIII-893). Recientemente han sido publicados nuevos materiales de este poblado; se trata en todos los casos de cerámicas grafitadas de las que nos interesan particularmente ahora, en relación con la forma citada en último lugar, los cuencos del tipo II v. más concretamente, los del VI, aunque en uno y otro caso no presenten base umbilicada como los nuestros, ni las asas acintadas bajo el borde que muestran algunos de ellos y sí, por el contrario, mamelones de perforación horizontal (VALIENTE MALLA, J., *Cerámicas grafitadas de la comarca Sauruntina*, Wad-al-Havara, 9, 1982, pp. 123-126, fig. 7-II y VI, en general; pp. 119 y 120, figs. 2-2, 3-6 y 9 y 4-10, y pp. 120 y 121, figs. 4-14, 15 y 17 a 19 y 6-2, respectivamente, para cada una de las formas que se citan). Cabe tener en cuenta, asimismo, los cuencos del tipo IV de Valiente Malla en relación con nuestra Forma 8 (*Ibidem*, pp. 119, 123 y 127, figs. 2-3 y 5 y 7-IV). Finalmente, señalar cómo, frente a las cronologías inicialmente apuntadas para el Alto del Castro de Riosalido, a las que hacíamos referencia en el texto, se defiende ahora, para las especies grafitadas, la de finales del siglo VIII o comienzos del VII a. de C. (*Ibidem*, pp. 133-135).

¹²⁰ A dicha fase se lleva la tumba 1 en la que apareció un vaso del tipo de nuestra Forma 9 (CERDEÑO SERRANO, M. L., *La necrópolis céltica de Sigüenza (Guadala-*

en el siglo v¹²¹; en todos ellos se documentan cerámicas próximas a las nuestras¹²². A ellos cabría sumar el de Castilviejo de Guijosa al que ya nos hemos referido antes y que, como se recordará, se fecha, en su fase antigua, en los siglos VII y VI a. de C.¹²³. Cabe pensar igualmente en el Cerro Ecce Homo de Alcalá de Henares, cuya segunda fase, Ecce Homo II (siglos VII-V a. de C.), ofrece también materiales similares a algunos de los sorianos¹²⁴.

jara), Wad-al-Hayara, 6, 1979, pp. 52-53, 68-69 y 73, fig. 3). A raíz de la publicación por Valiente Malla de una serie de cerámicas grafitadas de esta necrópolis, entre las que se documentan cuencos de sus tipos II y VI, cabe hablar de la presencia en la misma de nuestra Forma 3 (VALIENTE MALLA, J., *Cerámicas grafitadas...*, pp. 121 y 122, fig. 5-22 y 24, para la forma II, y 25 a 27, para la VI); si, como pretende el autor citado, la pieza n.º 29 de su inventario corresponde a un cuenco del tipo IV (*Ibidem*, pp. 122 y 123, fig. 5-29), habría que pensar igualmente en nuestra Forma 8 (para las relaciones entre las formas de las cerámicas grafitadas de la comarca seguntina y las de los castros sorianos téngase en cuenta lo dicho en la nota anterior).

Defiende también en esta ocasión Valiente Malla fechas altas para los materiales de Prados Redondos: finales del siglo VIII-comienzos del VII a. de C. (*Ibidem*, p. 135). Dicha cronología contrasta con la, generalmente más moderna, defendida en los distintos trabajos publicados sobre la necrópolis. Así, tras los primeros hallazgos fue fechada a partir del siglo v o finales del VI a. de C. (FERNÁNDEZ-GALIANO, D., *Descubrimiento de una necrópolis celtibérica en Sigüenza (Guadalajara)*, Wad-al-Hayara, 3, 1976, p. 66; CERDEÑO SERRANO, M. L., *Prados Redondos (Sigüenza)*, Wad-al-Hayara, 4, 1977, pp. 256 y 257); más tarde, se han fijado sus inicios a finales del siglo VII (IDEM, *La necrópolis céltica de Sigüenza...*, pp. 73 y 74), pudiendo decirse que el desarrollo de su primera fase se centra a lo largo del VI a. de C. (IDEM, *Sigüenza: enterramientos tumulares de la Meseta Oriental*, NAEHisp., 11, Madrid, 1981, pp. 192 y 202-205; FERNÁNDEZ-GALIANO, D., VALIENTE MALLA, J. y PÉREZ HERRERO, E., *La necrópolis de la Primera Edad del Hierro de Prados Redondos (Sigüenza, Guadalajara), campaña 1974*, Wad-al-Hayara, 9, 1982, pp. 33-36).

¹²¹ Piénsese, en relación con los vasitos de la Forma 3, en los de dicha necrópolis que Cerdeño denomina «cuencos de forma semiesférica o de pared carenada con un pequeño mamelón a los lados»; para dicha autora las cerámicas a mano del yacimiento corresponderían, posiblemente, a la fase arcaica del mismo, cuyos inicios se fijan a finales del siglo VII a. de C., aunque sus paralelos apunten, principalmente, a finales del VI y todo el siglo v (CERDEÑO SERRANO, M. L., *La necrópolis celtibérica de Valdenovillos (Guadalajara)*, Wad-al-Hayara, 3, 1976, pp. 18, 20 y 22, lám. V-1 y 3).

Por nuestra parte, teniendo en cuenta la ausencia de contexto para las piezas que ahora nos interesan, nos inclinamos, tal y como queda dicho en el texto, por el siglo v a. de C., fecha en la que se supone hay que situar el máximo apogeo de la necrópolis v a la que corresponden la mayor parte de los materiales; dicha cronología coincide con la que depara para la misma forma el castro soriano del Zarranzano, en el que es particularmente abundante (ROMERO CARNICERO, F., *Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana...*, pp. 196-198, fig. 4-6). Valiente Malla se inclinaba, sin embargo, por una fecha antigua, de comienzos del siglo VII a. de C., partiendo de la presencia en la necrópolis de elementos metálicos antiguos, tales como las fibulas de doble resorte (VALIENTE MALLA, J., *Cerámicas grafitadas...*, pp. 125-126 y 133); el carácter aislado de los mismos permite sospechar, como sugiere la propia Cerdeño, que se trate de pervivencias y que, por tanto, no deban considerarse representativos del yacimiento (CERDEÑO SERRANO, M. L., *La necrópolis celtibérica de Valdenovillos...*, p. 22).

¹²² Sobre el particular, además de lo expuesto en las notas 119 a 121, puede verse también: ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 72 y 73.

¹²³ BELÉN, M., BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Castilviejo de Guijosa...*, pp. 83-87.

¹²⁴ ALMAGRO GORBEA, M. y FERNÁNDEZ-GALIANO, D., *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo. (Alcalá de Henares, Madrid)*, Diputación Provincial de Madrid, Arqueología, 2, Madrid, 1980, pp. 97, 108, 113 y 123, fig. 39, 2-2.

Otro tanto ocurre con los diferentes estratos de la necrópolis de Las Madrigueras (Carrascosa del Campo, Cuenca)¹²⁵, así como con la necrópolis, también conquense, de El Navazo, relacionada con la anterior, en la que aquellos vasos más cercanos a los nuestros se sitúan en ajuares que se fechan en la segunda mitad del siglo VI y sobre todo en el v a. de C.¹²⁶.

Buena parte de los yacimientos citados en último lugar ofrecen cerámicas pintadas del tipo Meseta, al que, como señalábamos líneas atrás, cabe asimilar hoy el fragmento de Castilfrío de la Sierra; dichas cerámicas, fechadas en líneas generales entre los siglos VII y v a. de C.¹²⁷, parecen acomodarse mejor en los contextos citados a un momento algo avanzado, en los siglos VI y v¹²⁸.

¹²⁵ Al segundo momento (estrato III) de la fase antigua de la necrópolis o Carrascosa I, que se fecha entre el 500 y el 425 a. de C. (ALMAGRO GORBEA, M., *La necrópolis de «Las Madrigueras»...*, pp. 143-145, para la cronología del yacimiento en general). pertenecen dos vasos que hay que paralelizar con nuestras Formas 4 y 24. Se trata en el primer caso, de la copa aparecida en la tumba LXIII (*Ibidem.* pp. 88 y 108, fig. 58, tab. IV-13, lám. XIX-6); en el segundo, de la urna, decorada con motivos geométricos pintados en amarillo en el interior de la boca, de la tumba XXIII (*Ibidem.* pp. 55-56 y 106, fig. 28-1, tab. III-3, lám. XVIII-9). En relación con nuestra Forma 2 cabe citar los vasitos de ofrendas aparecidos en las tumbas XLIX y LVI, pertenecientes, respectivamente, a los estratos II y I y, por tanto, a Carrascosa II, cuya cronología abarca del último cuarto del siglo v a finales del iv a. de C. (*Ibidem.* pp. 72-73, 81 y 108), fig. 46 y 52, tab. IV-7 y 8). Por último, recordar cómo los cuencos con base de umbo central, que se corresponden con nuestra Forma 1, están presentes en todos los estratos de la necrópolis conquense (*Ibidem.* p. 108, tabs. III-6 y IV-9 a 12).

¹²⁶ De entre los materiales de esta necrópolis habría que relacionar con las cerámicas de los castros sorianos las urnas del tipo II, en relación con nuestra Forma 8, y los vasitos del tipo III, respecto de alguna variante de la 1. En la tumba XIV y en el enterramiento n.º 3 de la XV figuraba un ejemplar de las primeras (GALÁN SAULNIER, C., *Memoria de la Primera Campaña de Excavaciones en la necrópolis de El Navazo. La Hinojosa (Cuenca)*, 1976, NAHisp., 8, Madrid, 1980, pp. 151-152, 159 y 168, figs. 17, 19-4 y 24-II, lám. V) y junto a ella, en el enterramiento de la segunda tumba citada, un cuenco del tipo III (*Ibidem.*, pp. 152 y 160, figs. 19-5 y 25-III, lám. VI arriba).

¹²⁷ Véase nota 105.

¹²⁸ Tal es el caso de los poblados de Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid) (ALMAGRO GORBEA, M. y FERNÁNDEZ-GALIANO, D., *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo...* pp. 99, 108, 113 y 123, figs. 9, 10 y 23) y Alto del Castro (Riosalido, Guadalajara) (FERNÁNDEZ-GALIANO, D., *Notas de prehistoria...* pp. 23-29, láms. XIII, XIV-2 y XVI-XVIII), en los que se vinculan, respectivamente, a Ecce Homo II (siglos VII-v a. de C.) y a la fase antigua del castro (siglo VI). Se documentan igualmente en las necrópolis conquenses de Las Madrigueras, de cuyo nivel III (Carrascosa I) son particularmente representativas (ALMAGRO GORBEA, M., *La necrópolis de «Las Madrigueras»...*, pp. 43-44, 84-85, 98-100 y 114, figs. 17 y 55, tab. I-2 y 3, lám. XXIV-5), y El Navazo, en la que formaban parte de la sepultura VI y se fechan en el siglo v a. de C. (GALÁN SAULNIER, C., *Memoria de la Primera Campaña de Excavaciones en la necrópolis de El Navazo...* pp. 147-148 y 160-161, figs. 9-11, lám. VII).

Aunque no citado con anterioridad merece recordarse ahora también cómo en la necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara) se halló un vaso de forma y decoración prácticamente iguales a uno de los de la conquense de El Navazo (tipo IV-E), razón por la cual se fechó, al igual que aquél, en el siglo v a. de C. (CERDEÑO, M. L., GARCÍA HUERTA, R. y PAZ, M. de, *La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). Campos de urnas en el este de la Meseta*, Wad-al-Hayara, 8, 1981, pp. 61-63, fig. 16); a propósito del mismo se insiste en la tradición hallstättica y en sus precedentes centroeuropeos del Ha B y C, contexto en el que es encuadrado también otro vaso pintado de Boniches de la Sierra (MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. y PÉREZ DE LA SIERRA, J. V., *Sima «Cabeza de la Fuente» (Boniches de la Sierra, Cuenca)*, NAHisp., 10, Madrid, 1980, pp. 75 y 81, fig. 9-13, lám. IIIb). Recientemente se ha dado a conocer un segundo vaso pintado

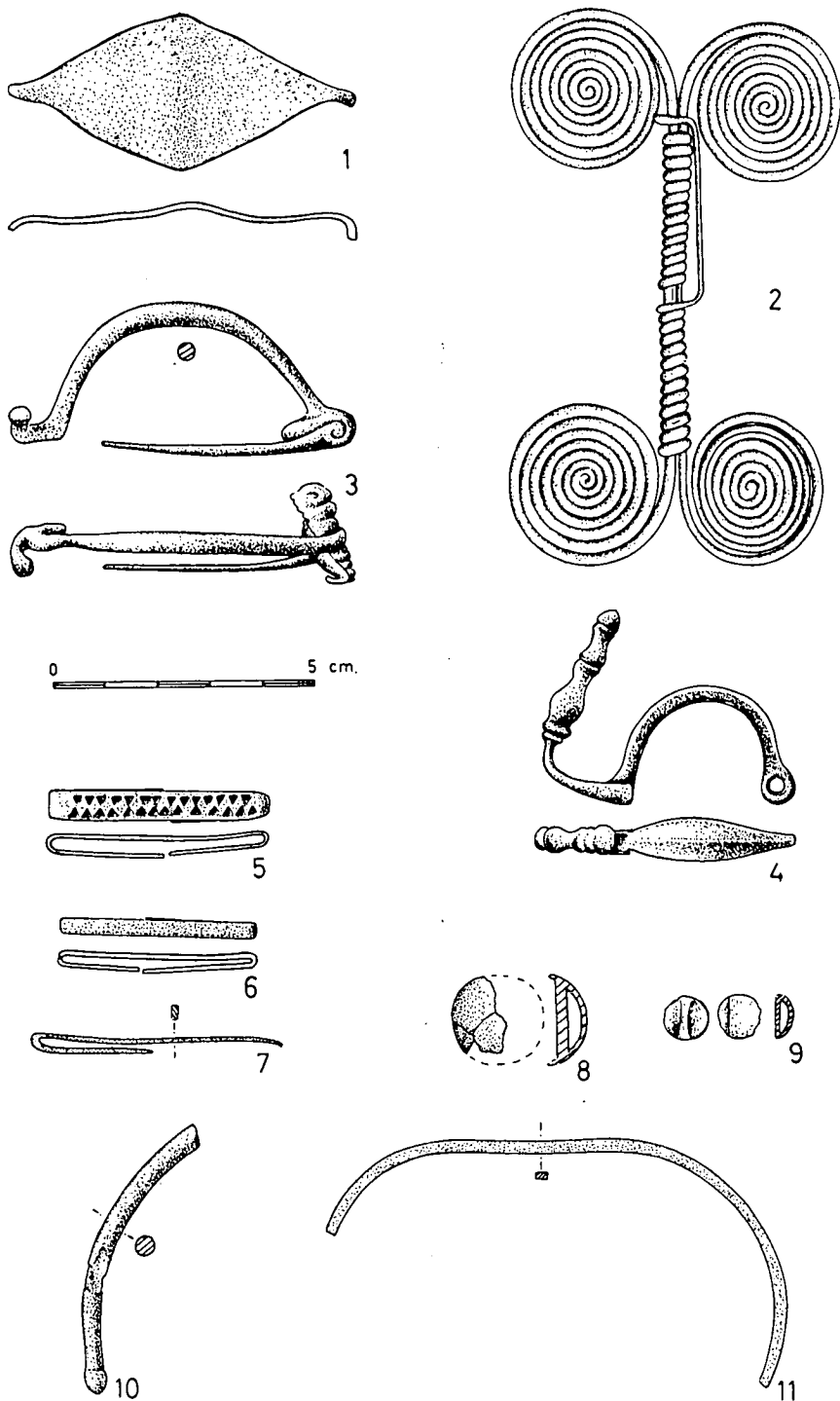


Fig. 8—Elementos metálicos de bronce de la cultura castreña soriana: Fíbulas: 1 y 2. «El Castillejo», Castilfrío de la Sierra; 3. Valdejeña; 4. Taniñe; Pasadores: 5 y 6. Castro del Zarranzano; 7. «El Castillejo», Castilfrío de la Sierra; Botones: 8 y 9. Castro del Zarranzano; Brazaletes: 10. Castro del Zarranzano; 11. «El Castillejo», Castilfrío de la Sierra.

Cabe pensar, en definitiva, que los castros sorianos se desarrollaran paralelamente a la fase Carrascosa I, cuyos inicios apuntan hoy al momento final del Periodo V de los Campos de Urnas del Noreste; sus momentos iniciales coinciden plenamente, en cualquier caso, en el Período VI o Segunda Fase de los Campos de Urnas del Hierro, centrada en el siglo VI, perdurando a lo largo de buena parte del V, en cuyo último tercio se inicia el proceso de iberización correspondiente a Carrascosa II, cuyos inicios pudieran ser contemporáneos del final de la cultura castreña soriana ¹²⁹.

Deliberadamente hemos querido considerar en último lugar las cerámicas a mano de la necrópolis de Luzaga (Guadalajara). Entre las mismas, para las que pensamos en la primera mitad del siglo IV a. de C., figuran algunos vasos muy próximos a los nuestros ¹³⁰; ahora bien, dado que éstos han de emparentarse por sus decoraciones con los de la fase Cogotas II ¹³¹, de comienzos de la Segunda Edad del Hierro, y teniendo en cuenta la ausencia de tales tipos en el Castro del Zarranzano, parece forzoso considerar a los de este último anteriores a aquéllos ¹³². Un punto de referencia similar ¹³³ nos ofrecen también las cerámicas que podemos considerar más antiguas de las necrópolis sorianas de Osma ¹³⁴, Gormaz ¹³⁵ y Carratiermes ¹³⁶.

de la necrópolis de Molina de Aragón, un cuenco globular con vertedero; tanto éste como el anteriormente citado se fechan ahora en el siglo VI a. de C., coincidiendo con la primera fase del desarrollo de la necrópolis, cuyos inicios se llevan a finales del siglo VII a. de C. (CERDEÑO, M. L., *Cerámica hallstättica pintada en la provincia de Guadalajara*, Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch, II, Madrid, 1983, pp. 157-165, fig. 1, lám. I), tal y como parecen poner de manifiesto también ciertas piezas de la misma rescatadas no hace mucho (CERDEÑO, M. L., *Nuevos ajuares de la necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara)*, Wad-al-Hayara, 10, 1983, pp. 283-294).

¹²⁹ ALMAGRO GORBEA, M., *La necrópolis de «Las Madrigueras»...*, pp. 143-145; IDEM, *El Pic dels Corbs...*, p. 126; IDEM, *La iberización de las zonas orientales de la Meseta*, Simposi Internacional Els Orígens del món ibèric, Barcelona-Empúries, 1977, Ampurias, 38-40, Barcelona, 1976-78, pp. 127-130 y 144, fig. 6.

¹³⁰ En efecto, entre los vasos a mano de la necrópolis de Luzaga encontramos dos ejemplares que hay que relacionar con nuestras Formas 7 y 8 (DÍAZ DÍAZ, A., *La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el Museo Arqueológico Nacional*, RABM, LXXIX-2, 1976, p. 475, lám. V-3, y p. 472, fig. 20-13, lám. V-5, respectivamente. para los vasos y formas que se citan; pp. 477, 482, 486 y 488, sobre la cronología de los materiales cerámicos a mano en relación con la general del yacimiento).

¹³¹ *Ibidem*, pp. 472-473 y 476, fig. 20-3 y 12, para aquellos vasos con decoración de motivos estampados y a peine que es preciso relacionar con los característicos del horizonte a que nos referimos en el texto.

¹³² Respecto de las cerámicas del Castro del Zarranzano téngase en cuenta lo dicho en la nota 100 y las pp. 197 y 198 del trabajo allí citado para la cronología del yacimiento.

¹³³ En relación con la problemática a que nos referimos en este punto véase ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 76-78.

¹³⁴ BOSCH GIMPERA, P., *Troballes de les necròpolis d'Osma i Gormaz adquirides pel Museu de Barcelona*, Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, VII, MCMXXI-XXVI, p. 177, fig. 317.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 178, figs. 323-325.

¹³⁶ ARGENTE OLIVER, J. L. y DÍAZ DÍAZ, A., *La necrópolis celtibérica de Tiermes (Carratiermes. Soria)*, NAHisp., 7, Madrid, 1979, pp. 132, 134 y 138, figs. 9-58 y 60, 10-144 y 166 y 15-281 y 282, lám. VII.

En definitiva, y por lo que a las cerámicas de los castros se refiere, hay que pensar en una cronología que abarca desde mediados del siglo VII a. de C. a comienzos del IV.

Como ya advirtiera Taracena, quien los paralelizó con los hallazgos de las necrópolis llamadas posthallstáticas de Soria y Guadalajara, los objetos metálicos de los castros, en su práctica totalidad de bronce¹³⁷, apuntan casi con exclusividad al siglo V a. de C.¹³⁸. El número de éstos es muy reducido y se limita al puente romboidal de una fíbula de doble resorte¹³⁹, considerada hasta ahora como un fragmento de fíbula de placa de tipo Clares¹⁴⁰, y el eje de una fíbula de espirales¹⁴¹, ambos de El Castillejo de Castilfrío de la Sierra y fechables en el siglo citado, en su primera mitad presumiblemente¹⁴²; dos ejemplares de fíbula de pie vuelto con botón ter-

¹³⁷ Si los objetos metálicos de bronce son, como habremos de ver a continuación, escasos, menos expresivos son los de la metalurgia del hierro y apenas si tienen otro valor que el meramente testimonial.

Merecen citarse, en primer lugar, las abundantes escorias de fundición de hierro que, junto a los moldes y en torno al presunto horno, han decorado las recientes excavaciones del castro de El Royo en su nivel inferior (EIROA. I. J., *Moldes de arcilla para fundir metales procedentes del Castro Hallstático de El Royo (Soria)*, Zephyrus, XXXII-XXXIII, 1981, pp. 181, 185 y 193); algunos otros restos indeterminados de hierro confirman la utilización del nuevo metal en este yacimiento (IDEM, *Avance de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el castro...*, pp. 127 y 129), al igual que ocurre en El Castillejo de Taniñe (TARACENA, B., *Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria*, MemJSEA, n.º 75, Madrid, 1926, p. 12). La única pieza, y no completa, un cuchillo, la ha proporcionado Castilfrío de la Sierra (IDEM, *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 20, lám. II).

¹³⁸ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, pp. 24 y 25.

¹³⁹ A la vista de los datos con que contamos todo parece indicar que se trata de un ejemplar del tipo 2C de Schüle (SCHÜLE, W., *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, 3, Berlin, 1969, pp. 145 y 220, fig. 43, lám. 155-3 al 7, en especial el n.º 5), del B o, mejor aún, del C de Aguilar de Anguita, fechado entre el 475 y el 450 o, en cualquier caso, a mediados del siglo V a. de C. (ARGENTE OLIVER, J. L., *Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anuita*, Trabajos de Prehistoria, 31, 1974, pp. 148-158, en especial pp. 156 y 157, fig. 3, en concreto n.º 10), coincidiendo en buena parte con Cuadrado, quien cree tardías las del tipo que nos ocupa (CUADRADO, E., *Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica*, Trabajos de Prehistoria, VII, Madrid, 1963, p. 25, gráfico de la p. 11). Otros ejemplares próximos, procedentes de las necrópolis de Clarés y La Olmeda, que Cabré y Morán incluyen en su serie E, podrían haber alcanzado la Meseta Oriental, según los autores citados, en el primer tercio del siglo V a. de C. (CABRÉ DE MORÁN, E. y MORÁN CABRÉ, J. A., *Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica*, Homenaje a García Bellido, vol. III, Revista de la Universidad Complutense, 109, 1977, pp. 119-121, figs. 14-1 y 17-5).

¹⁴⁰ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 20, lám. II; SCHÜLE, W., *Die Meseta-Kulturen...*, p. 232, mapa 32.

¹⁴¹ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 20, fig. 17, lám. II; SCHÜLE, W., *Die Meseta-Kulturen...*, p. 232, lám. 22-10.

Para la clasificación y cronología de las fíbulas y adornos espiraliformes téngase en cuenta, en líneas generales: *Ibidem*, pp. 140-142, mapa 31, tabla cronológica; ARGENTE OLIVER, J. L., *Un conjunto funerario de época celtibérica en el Museo Arqueológico Nacional*, RABM, LXXVII-2, 1974, pp. 729-745, figs. 1-3, láms. I-IV, en general, y pp. 741 y 742, en particular; CABRÉ DE MORÁN, E. y MORÁN CABRÉ, J. A., *Fíbulas en las más antiguas necrópolis...*, pp. 123-126, fig. 7.

¹⁴² Además de lo expuesto en las notas inmediatamente anteriores cabe considerar que las dos piezas de Castilfrío de la Sierra a que acabamos de referirnos pudieran

minal¹⁴³, procedentes de Valdegeña¹⁴⁴ y Taniñe¹⁴⁵, que pueden fecharse, respectivamente, en la primera mitad del siglo v y a finales del mismo; varios fragmentos de agujas pudieran pertenecer también a fíbulas¹⁴⁶. Junto a las fíbulas contamos con el fragmento de un brazalete de extremos ensanchados y sección circular, procedente del Castro del Zarranzano¹⁴⁷, y dos fragmentos, de Cas-

corresponder al tipo de fíbula de espirales con puente de placa losángica que conocemos a través de un ejemplar de la necrópolis de Garbajosa (CABRÉ DE MORÁN, E. y MORÁN CABRÉ, J. A., *Fíbulas en las más antiguas necrópolis...*, p. 124, fig. 8-3). Y, en este sentido, podría pensarse incluso, a no ser por la falta de datos de que disponemos a propósito de las circunstancias del hallazgo, que ambas hubieran pertenecido a la misma pieza. Menos probable parece, a la vista de sus dimensiones, que hubieran correspondido al modelo de «parrilla» que se documenta también en la necrópolis citada y en la, asimismo de la provincia de Guadalajara, de La Olmeda (*Ibidem*, p. 124, figs. 8-5 y 17-6, respectivamente).

Ambas piezas se encuentran, al igual que el fragmento de brazalete al que habremos de referirnos a continuación y el cuchillo de hierro a que aludíamos en la nota 137, en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

¹⁴³ Ambas son inéditas. Proceden de los viejos fondos del Museo Celtibérico de Soria y están hoy depositadas en el Museo Numantino, cuyo director, don José Luis Argente Oliver, nos facilitó amablemente su estudio.

¹⁴⁴ Museo Celtibérico, Núm. de Inv.: 797. Tanto por la forma del puente, como por las características del pie y las dimensiones totales, corresponde al tipo «Golfo de León» de Cuadrado, que se fecha entre el 600 y el 450 a. de C. (CUADRADO, E., *Precedentes y prototipos...*, pp. 34-46, fig. 8); frente a las de aquél presenta resorte de ballesta, al igual que las del tipo «Acebuchal», cuya vida se fija en un siglo a partir del último cuarto del siglo vi a. de C. (*Ibidem*, pp. 32-46, fig. 7).

Un caso similar, en parte, se ha planteado con respecto de una fíbula de Aguilar de Anguita que Argente se inclina por adscribir entre las del tipo Golfo de León, explica como posible producción indígena a imitación de los modelos del Sur y fecha a mediados del siglo v a. de C. (ARGENTE OLIVER, J. L., *Las fíbulas de la necrópolis...*, pp. 169 y 172, fig. 5-10). Una datación análoga podría defenderse para la pieza de Valdegeña, aunque quizá no estuviera de más sugerir un momento ligeramente anterior, dentro de la primera mitad del siglo v a. de C., dado el predominio en la misma de los elementos tipo Golfo de León.

¹⁴⁵ Museo Celtibérico, Núm. de Inv.: 1.976. Responde a las del tipo C de pie vuelto de Aguilar de Anguita, fechadas a lo largo del siglo v (ARGENTE OLIVER, J. L., *Las fíbulas de la necrópolis...*, pp. 173 y 174, figs. 7, 8 y 22, lám. III-A); por sus características, cabría pensar mejor en la segunda mitad del siglo citado y aún incluso en el último cuarto del mismo, si tenemos en cuenta un bello ejemplar de la necrópolis referida, considerado tardío y propio de la que Argente llama tercera fase evolutiva del tipo (*Ibidem*, pp. 166 y 174, fig. 8-3, lám. III-A).

¹⁴⁶ Tal es el caso de las piezas ZA/ID15/86 y 92 y ZA/ID16/87, rescatadas en el Sector I del Castro del Zarranzano; del mismo, aunque del Sector II, procede una cinta de bronce de sección rectangular y con uno de sus extremos enrollado formando espiras (ZA/III9/40), que pudo formar parte del resorte de una fíbula (ROMERO CARNICERO, F., *Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana...*, p. 195).

Dos agujas, un punzón y un alfiler de cabeza circular han sido exhumados en el nivel inferior del castro de El Royo (EIROA, J. J., *Avance de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el castro...*, pp. 127 y 129).

Por cuanto a las fíbulas se refiere citaremos, finalmente, que desconocemos el paradero de la que encontrara Taracena en el castro de El Royo y que fecha en el siglo v a. de C. y califica de «posthallstática» (TARACENA, B., *Carta...*, pp. 145 y 146). Creemos necesario aclarar, igualmente, que el puente de una fíbula de caballito publicado por Schüle como de Castilfrío de la Sierra (SCHÜLE, W., *Die Meseta-Kulturen...*, pp. 243 y 263, lám. 24-4, mapa 44) fue hallado en las excavaciones llevadas a cabo por Taracena en Langa de Duero y, como tal, publicado por este autor, con anterioridad (TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 49, lám. X).

¹⁴⁷ El ejemplar más próximo al nuestro es el aparecido en la tumba LIV de Las Madrigueras, fechada en el siglo vi o comienzos del v a. de C. (ALMAGRO GORBEA, M., *La*

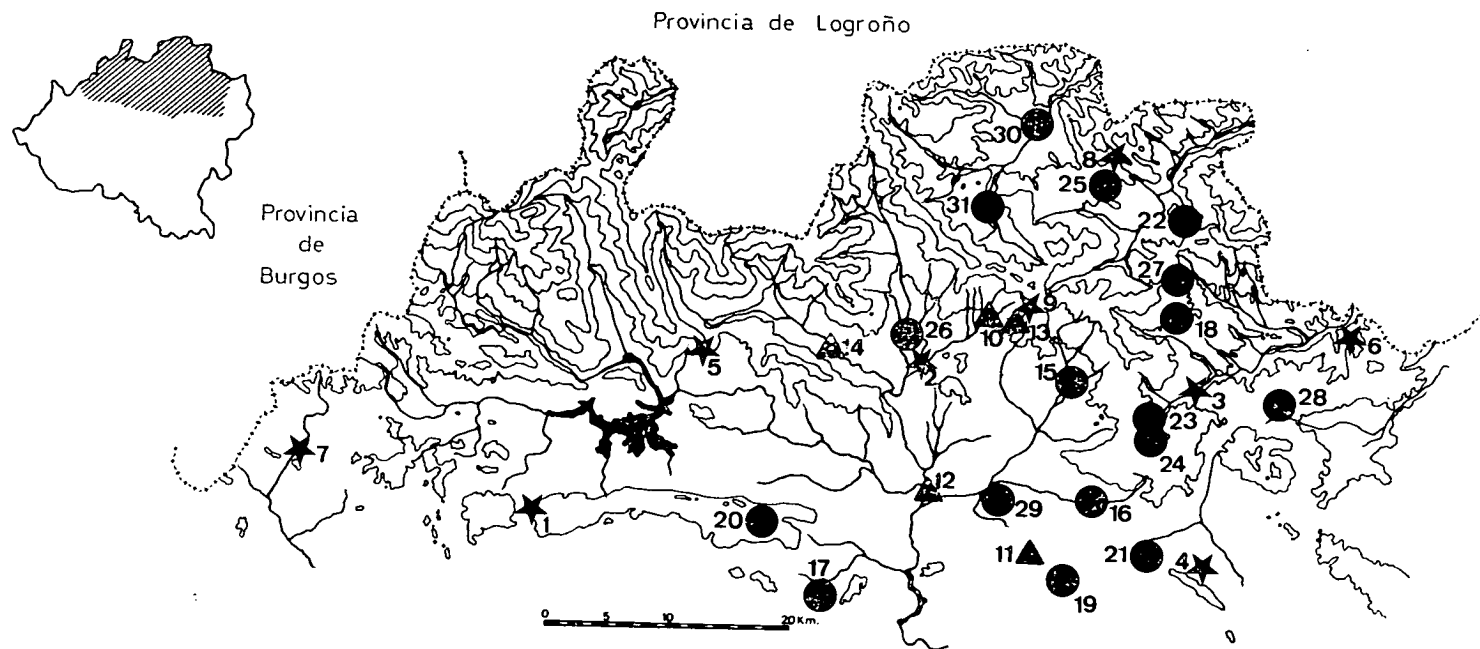


Fig. 9.—Yacimientos celtibéricos en el sector septentrional de la provincia de Soria.

- ★ **Castros celtibéricos:** 1. «El Pico», Cabrejas del Pinar; 2. «Castro del Zarranzano», Cubo de la Sierra; 3. «Los Castellares», Magaña; 4. Pozalmuro; 5. «El Castillo», El Rojo; 6. «El Castelar», San Felices; 7. «Alto del Arenal», San Leonardo; 8. «El Castillejo», Taniñe; 9. «El Castillejo», Ventosa de la Sierra.
- ▲ **Poblados de comienzos de la segunda Edad del Hierro celtibéricos:** 10. «El Castelar», Arévalo de la Sierra; 11. «El Castillejo», Fuensaúco; 12. «La Muela», Garray; 13. «Los Villares», Ventosa de la Sierra; 14. «Torre Beteta», Villar del Ala.
- **Poblados celtibéricos:** 15. «Los Castellares», Aldealices; 16. «Cerro de San Bartolomé», Arancón; 17. Carbonera de Frentes; 18. «La Mora», Fuentes de Magaña; 19. «Cerro de San Sebastián», Fuentetecha; 20. «El Castillo», Ocenilla; 21. «El Castillejo», Omeñaca; 22. «El Castillo», Sarnago; 23. «Los Castellares», Suellacabras; 24. «Cerradas de San Martín», Suellacabras; 25. «El Castillo», Taniñe; 26. «Los Villares», Tera; 27. Torretarranco; 28. Trébago; 29. «Cerro de Utrera», Ventosilla de San Juan; 30. «Las Gimeras», Villar del Río; 31. Vizmanos.

tilfrío y Valdeavellano, que pertenecerían al tipo oval, abierto y de sección rectangular¹⁴⁸; del Castro del Zarranzano proceden, finalmente, varios posibles pasadores lisos o decorados y algunos botones semiesféricos con travesaño¹⁴⁹. Sus cronologías se centran igualmente a lo largo del siglo tantas veces citado.

En relación con la metalurgia del bronce hemos de centrar la atención sobre la estructura circular aparecida en el nivel inferior del castro de El Royo, a la que ya hicimos referencia al hablar de la vivienda circular del Castro del Zarranzano, pero sobre la que no insistimos al tratar de la arquitectura doméstica por plantear una problemática diferente. Construida en piedra, destaca, en primer lugar, lo reducido de su tamaño, ya que tiene tan solo 1,5 metros de diámetro; por otro lado, es preciso tener en cuenta el hallazgo en su interior de varios moldes de arcilla para la fabricación de objetos metálicos de bronce (escoplos, varillas, empuñaduras) y, según parece, abundantes escorias de fundición de hierro. No parece improbable, por todo ello, que, tal y como ha sugerido su excavador, se trate de un horno de fundición¹⁵⁰.

necrópolis de «Las Madrigueras»..., pp. 77-79 y 102, fig. 50-1). Otros del mismo tipo proceden de los castros alaveses de Peñas de Oro —estrato 11b de Escotilla 11, 450-550 a. de C. (UGARTECHEA, J. M., LLANOS, A., FARIÑA J. y AGORRETA, J. A., *El castro de Las Peñas de Oro...*, pp. 231 y 258, lám. XXII-2, tot. 16)— y Castillo de Henayo —nivel 111a, siglo V a. de C. (LLANOS, A., APELLÁNIZ, J. M., AGORRETA, J. A. y FARIÑA, J., *El castro del Castillo de Henayo...*, pp. 134 y 190-193, láms. XX-3 y XXX1)—.

¹⁴⁸ Ambos son inéditos. El primero se encuentra, como queda dicho en la nota 142, en el Museo Arqueológico Nacional y en el Museo Numantino de Soria el segundo.

Más modernos que los brazaletes del tipo anteriormente citado, ofrecen una amplia difusión y larga vida; unidos en serie constituyen una de las novedades metálicas del Periodo V de los Campos de Urnas del Noreste (ALMAGRO GORBEA, M., *El Pic dels Corbs...*, pp. 123 y 126, fig. 25).

Al margen de otros lugares merece destacarse su presencia en necrópolis de la provincia de Guadalajara, como las de Prados Redondos (FERNÁNDEZ-GALIANO, D., *Descubrimiento de una necrópolis celtibérica en Sigüenza...*, pp. 64 y 66, fig. 65-24 a 26), Carabias (REQUEJO OSORIO, J., *La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara)*, *Wad-al-Hayara*, 5, 1978, p. 57) o Molina de Aragón (CERDEÑO, M. L., GARCÍA HUERTA, R. y PAZ, M. de, *La necrópolis de Molina de Aragón...*, pp. 43 y 44, figs. 5-4 y 7-8), y de la de Soria, tales como La Mercadera (TARACENA, B., *Excavaciones en la provincia de Soria*, MemJSEA, n.º 119, Madrid, 1932, pp. 24 y 25, láms. XX-86 y XXII-29) o Almaluez (DOMINGO VARONA, L., *Los materiales de la necrópolis de Almaluez (Soria), conservados en el Museo Arqueológico Nacional*, Trabajos de Prehistoria, 39, 1982, p. 258), así como en un conjunto funerario de la Colección Cerralbo procedente, muy probablemente, del área del Jalón (ARGENTE OLIVER, J. L., *Un conjunto funerario...*, pp. 739, 744 y 745, fig. 3-28 a 30, lám. IVb), en los que se fechan, en líneas generales, a lo largo del siglo V a. de C.

¹⁴⁹ Una referencia sumaria a algunas de estas piezas en ROMERO CARNICERO, F., *Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana...*, p. 195.

Muy posiblemente deba de considerarse también como un pasador liso, a la vista de los ejemplares citados del Castro del Zarranzano, la pieza de Castilfrío de la Sierra que Taracena identifica con unas delgadas pinzas de bronce (TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 20) y que, al igual que los restantes objetos metálicos del yacimiento, se encuentra depositada en el Museo Arqueológico Nacional.

¹⁵⁰ EIROA, J. J., *Moldes de arcilla para fundir metales...*, pp. 181-193, figs. 2 a 5 y 7, láms. I y II.

Al margen incluso de la importancia que reviste tanto el descubrimiento de un horno de fundición, por desgracia prácticamente desmantelado, como los citados moldes, máxime siendo éstos de arcilla, dado el escaso número de ejemplares fabricados en este material frente a la abrumadora mayoría de los de piedra¹⁵¹, los hallazgos de El Royo merecen valorarse por cuanto, como ha señalado ya Eiroa, nos hablan de la existencia de un centro metalúrgico en el castro; centro que, por otro lado, cabe suponer no fuera el único en el ámbito de la cultura castreña soriana¹⁵². Ello es a la vez fiel testimonio, como expresara en su momento Rauret, de una actividad metalúrgica artesanal, local y autárquica, orientada fundamentalmente al abastecimiento del instrumental básico y pequeños objetos de adorno, sin prejuicio de la existencia de talleres de mayor envergadura¹⁵³.

Por último, es igualmente destacable el hecho de que contemos con las primeras dataciones absolutas para la cultura castreña soriana. Las fechas de C-14 corroboran la cronología inicialmente atribuida por Taracena, siglos VI al IV a. de C.¹⁵⁴, y tradicionalmente admitida¹⁵⁵.

La primera datación radiocarbónica (CSIC-418) viene a fechar el nivel B, del Sector A, correspondiente al horizonte castreño, de El Castillo de El Royo y nos remite al 530 a. de C.¹⁵⁶. Tres más han sido obtenidas para el Castro del Zarranzano; dos de ellas (CSIC-476 y 527) nos llevan al 430 a. de C., momento que viene marcado por la destrucción de la vivienda inferior del Sector II, aquélla sobre la que, posteriormente, se edificó la circular; la tercera (CSIC-475), fecha, en el 460 a. de C., el nivel inferior del Sector III, contemporáneo, sin duda, al de la casa incendiada del Sector II¹⁵⁷.

En definitiva, podemos concluir señalando que los castros sorianos constituyen un grupo de los Campos de Urnas Tardíos de la Edad del Hierro peninsulares, tal y como vienen a demostrar su cultura material y las dataciones habitualmente propuestas y ahora confirmadas por el C-14. Sus inicios, dentro del siglo VI, podrían remontarse al 600 a. de C., e incluso a un momento ligeramente anterior, fecha en que se inaugura la Segunda Fase de los Campos de Urnas de la Edad del Hierro o Periodo VI de los Campos

¹⁵¹ RAURET, A. M., *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Publicaciones Eventuales, 25, Barcelona, 1976, pp. 70-76, fig. 1.

¹⁵² EIROA, J. J., *Moldes de arcilla para fundir metales...*, pp. 192 y 193.

¹⁵³ RAURET, A. M., *La metalurgia del bronce...*, p. 150.

¹⁵⁴ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, pp. 24 y 25; IDEM, *Carta...*, p. 14.

¹⁵⁵ ALMAGRO, M., *La invasión céltica...*, pp. 233 y 234; FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Los castros...*, pp. 29-30 y 59; RUIZ ZAPATERO, G., *Fortificaciones...*, p. 83; EIROA, J. J., *Aspectos urbanísticos...*, pp. 88 y 89; IDEM, *Avance de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el castro...*, pp. 128 y 129.

¹⁵⁶ EIROA, J. J., *Datación por el Carbono-14 del castro ballstático de El Royo (Soria)*, *Trabajos de Prehistoria*, 37, 1980, pp. 433-439; IDEM, *Corrección y calibración de fechas de Carbono-14...*, pp. 65-74, gráficos I y II.

¹⁵⁷ ROMERO CARNICERO, F., *Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana...*, p. 197.

de Urnas del Noreste, de cuya proyección por las tierras del interior peninsular, y en concreto por la Meseta, son fruto. Su desarrollo se prolongaría todavía a lo largo de todo el siglo v, durante el cual debieron de alcanzar, muy posiblemente, su máximo apogeo¹⁵⁸. A finales de este último siglo, y en cualquier caso con anterioridad a la celtiberización del sector, fueron abandonados un buen número de castros; otros, en los que se documenta su ocupación a lo largo de la segunda Edad del Hierro, debieron de mantenerse con carácter más o menos residual hasta ese momento.

Paralelamente, en las tierras del mediodía provincial advertimos la presencia del que cabe considerar otro grupo regional de Campos de Urnas Tardíos del Hierro de la Meseta. Si en el caso de la cultura castreña soriana su conocimiento nos llega a partir de los característicos lugares de habitación, los castros, mientras que desconocemos las necrópolis, son éstas las que nos acercan a las gentes del sur del Duero. Y si en el caso de aquélla, ciertos rasgos y elementos obligan a relacionarla con los grupos, de Campos de Urnas igualmente tardíos de la Edad del Hierro, navarro-riojanos y aragoneses en general y, en menor medida, del centro y occidente de la Meseta Norte, ahora el parentesco entre las necrópolis sorianas (Alpanseque, La Mercadera, Almaluez) y las que, al otro lado del Sistema Central, se extienden por el norte de la provincia de Guadalajara, permiten suponer que se trata de una proyección del grupo del Alto Jalón hacia la Meseta septentrional. No quiere decir esto, sin embargo, que uno y otro no puedan relacionarse entre sí y buena prueba de ello es la presencia de un castro con piedras hincadas en Guijosa (Guadalajara), muy próximo al soriano de Cabrejas del Pinar como hemos visto, o la similitud entre ciertas cerámicas de La Mercadera y el Castro del Zarranzano¹⁵⁹.

En un momento difícil de precisar, pero que, teóricamente al menos, cabe fijar en torno al 400 a. de C., aunque no puede descartarse una fecha algo anterior, se inaugura la segunda Edad del Hierro. En una primera fase de la misma asistimos a la implantación de una serie de establecimientos nuevos, cuya situación y emplazamiento sugieren un cambio en el régimen de vida, que se basaría ahora, en mayor medida, en la actividad agrícola¹⁶⁰. Dado que

¹⁵⁸ En idénticos términos nos expresamos ya en ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 67 y 68; al tiempo lo hacía, de forma similar, RUIZ ZAPATERO, G., *Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas»...*, p. 181, fig. 4.

¹⁵⁹ Sobre los diversos aspectos contenidos en este punto nos hemos detenido en un trabajo reciente, por lo que remitimos, una vez más, al mismo: ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 68-75.

¹⁶⁰ Tales serían, a nuestro juicio y en el área que estudiamos: El Castellar de Arévalo de la Sierra, El Castillejo de Fuensaúco, La Muela de Garray, Los Villares de Ventosa de la Sierra y Torre Beteta en Villar del Ala (ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 78 y 79).

la totalidad de los mismos continuaron habitados con posterioridad, en época celtibérica, no siempre es fácil determinar con precisión los rasgos que hay que atribuir a cada momento, máxime si, como permiten suponer algunos yacimientos, el paso de una a otra fase debió de entrañar el arrasamiento del poblado inicial o, cuando menos, y tal sería el caso de Fuensaúco ¹⁶¹, su destrucción.

Las estratigrafías de este último permiten pensar, con todo, que en su fase inicial los poblados de la segunda Edad del Hierro tuvieron habitaciones de mampostería y plata rectangular ¹⁶². Entre sus cerámicas, todavía hechas a mano, se documentan varias de las formas que veíamos en los castros, aquéllas, por lo general, de perfiles más suaves, mientras que parecen haber desaparecido los vasos de perfiles aquillados y cuellos cilíndricos o troncocónicos perfectamente diferenciados ¹⁶³. Destacan los vasos troncocónicos, de borde orientado hacia dentro y base plana, o quizá trípodes, con superficies pulido-rugosas y decoraciones impresas, con motivos triangulares realizados a punta de espátula por lo general, bien representados en Numancia ¹⁶⁴.

¹⁶¹ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 21, fig. 18. Este dato pudimos confirmarlo en la campaña de excavaciones que llevamos a cabo en el yacimiento en 1978.

¹⁶² *Ibidem*, p. 22, fig. 19. Tal y como tuvimos ocasión de comentar páginas atrás, al tratar de la arquitectura doméstica en los castros, el hecho de que ésta fuese de mampostería era considerado por Taracena como un signo evidente de modernidad dentro del desarrollo de la cultura castreña soriana; con todo, y en el caso que nos ocupa, ello pudiera deberse, a juicio del autor citado, a influencias posthallstáticas del área meridional más inmediata. Véase también TARACENA, B., *Carta...*, pp. 14 y 65.

¹⁶³ En efecto, nuestras excavaciones recientes en El Castillejo de Fuensaúco (véase nota 161), depararon, en los estratos que es preciso relacionar con el nivel inferior de las estratigrafías de Taracena, vasos que se corresponden o vinculan a las Formas 1, 2, 3, 10, 11, 14, 17, 19 y 20 de las cerámicas de los castros.

Otros yacimientos de los incluidos en esta fase han proporcionado también vasos de estas u otras formas; así, la 10 figura entre los materiales del poblado de Torre Beteta de Villar del Ala y un fragmento de copa semiesférica con un asa aplicada horizontal (Forma 4) procede de Arévalo de la Sierra. La existencia de dos poblados en el término de Ventosa de la Sierra —El Castillejo y Los Villares—, unida al hecho de que los materiales conservados de los mismos no llevan con frecuencia otra referencia que la del pueblo, en general, no ha facilitado la adscripción de los mismos al yacimiento correspondiente; en cualquier caso, dado que Taracena sólo excavó en el segundo de ellos nos hemos inclinado por juzgar del mismo sendos vasos, prácticamente completos, de las Formas 1 y 3; junto a ellos figuraban dos fragmentos de una tapadera (Forma 15) que fueron dados a conocer por Fernández Miranda como correspondientes al borde de un vaso y procedentes de El Castillejo (FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Los castros...*, pp. 40 y 41, n.º 4, lám. III-B 362).

¹⁶⁴ La bibliografía sobre las piezas numantinas es abundante; téngase en cuenta a título ilustrativo: WATTENBERG, F., *Las cerámicas indígenas...*, pp. 33, 37-38, 68 y 146-148, tab. II, láms. fots. III-2, IV-1 y V-1. Además dichas especies cerámicas se documentan, dentro del área que estudiamos, en Fuensaúco (TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 22), Los Villares de Ventosa de la Sierra (IDEM, *Excavaciones en diversos lugares...*, p. 7; publicadas con posterioridad, sin duda por error, como de El Castillejo del mismo término en FERNÁNDEZ MIRANDA, M., *Los castros...*, p. 40, lám. III) y Villar del Ala (TARACENA, B., *Carta...*, pp. 176 y 177). Sobre las mismas nos ocupamos ya en ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 79-81, y hemos tenido ocasión de extendernos no hace mucho en IDEM,

Tampoco es fácil dirimir a qué momento pertenecen las defensas de estos poblados, y no ayuda a ello el hecho de que Fuensaúco no disponga de ninguna¹⁶⁵; ciertos paralelos podrían sugerir que se introdujeran ahora fórmulas de reforzamiento como la documentada en Arévalo de la Sierra¹⁶⁶ o las murallas con paramentos múltiples como la de Calatañazor¹⁶⁷, pero no hay que olvidar que esta última estructura se documenta también en Los Castellares de Suellacabras¹⁶⁸, poblado exclusivamente celtibérico según parece.

Ciertas necrópolis, caso de las de Osma, Gormaz o Carratiermes, nos remiten también a este momento para su fase más antigua, mientras que éste parece coincidir con el final de la vida de algunas otras, cuyo ejemplo más destacado sería la de La Mercadera¹⁶⁹.

Aunque en sentido algo más amplio, ésta es la fase a la que la bibliografía tradicional, desde Bosch Gimpera, viene refiriéndose como *posthallstática*; hoy, y de acuerdo con cuanto viene señalándose para las áreas vecinas, parece más lógico referirse a ella como *protoarévaca*, por cuanto cabe ver en la misma el momento inicial de la cultura celtibérica¹⁷⁰. Su desarrollo puede centrarse entre el 400 y el 350 a. de C., lo que no significa que no puedan defenderse fechas anteriores y posteriores, respectivamente, a las propuestas¹⁷¹. Durante la misma se advierte en el sector oriental de la Meseta Norte,

Las cerámicas de comienzos de la segunda Edad del Hierro en el sector oriental de la Meseta Norte, Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, Salamanca, 1984, en prensa.

¹⁶⁵ TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 21.

¹⁶⁶ El terraplén sobre el que se asienta la muralla que circunda al poblado se reviste con grandes piedras clavadas a tizón; la distancia que media entre éstas y el paramento externo del cerco defensivo alcanza, en ocasiones, dos metros (TARACENA, B., *Excavaciones en diversos lugares...*, pp. 8 y 9, fig. 5, lám. 1-1).

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 19, fig. 10.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 25, figs. 12 y 13.

¹⁶⁹ ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 76-78, donde insistimos sobre el particular más pormenorizadamente.

¹⁷⁰ Tal sería el caso de los *protovacceos*, como denominó Palol, del Duero Medio (PALOL, P. de, *Algunas reflexiones sobre Numancia...*, p. 102; PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta...*, pp. 35-36 y 194). Téngase en cuenta al respecto también: ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la provincia de Soria...*, pp. 80-82.

¹⁷¹ Además de las fechas absolutas con que contamos para la cultura castreña soriana hay que tener en cuenta que el nivel superior, celtibérico, del castro de El Royo se ha fechado por el C-14 (CSIC-421) en el 320 a. de C. (EIROA, J. J., *Datación por el Carbono-14 del castro hallstático de El Royo...*, pp. 436 y 438-439; IDEM, *Corrección y calibración...*, pp. 67, 69-70 y 72-73); dicho nivel, según parece, nos muestra la cultura celtibérica plenamente configurada (IDEM, *Datación por el Carbono-14 del castro hallstático de El Royo...*, pp. 434 y 438), por lo que hay que pensar que los inicios de esta fase no deben remontarse mucho más allá del 350 a. de C. Y en este sentido abunda la fecha que ha proporcionado una muestra de carbón vegetal del nivel IIIa2 de El Castillejo de Fuensaúco (CSIC-477; 2.300 ± 50 B.P. = 350 a. de C.), nivel de incendio que marca en el yacimiento la clara separación entre el horizonte que consideramos protoarévaco y el mundo celtibérico. Ahora bien, dicha fecha debe de tomarse con reservas dado que una segunda muestra, de carbón vegetal también y de un nivel inferior, el IV, ha deparado una datación más moderna, contrariamente a lo que en buena lógica era de esperar (CSIC-478; 2.230 ± 50 B.P. = 280 a. de C.).

al que pertenece la provincia de Soria, una revitalización pareja a la del resto de la Cuenca del Duero, en la que otros grupos, sincrónicos en parte al menos y sin duda emparentados con los nuestros —caso de los *protovacceos* del Pisuerga Medio o de los responsables del inicio de Cogotas II, Cogotas IIa—, desarrollan horizontes similares. La proyección de estos últimos hacia las tierras de Alto Duero queda atestiguada por la presencia en ciertos yacimientos de cerámicas a peine o estampadas (Langa de Duero ¹⁷², La Mercadera ¹⁷³), que no llegan a alcanzar, sin embargo, al núcleo central, que mantiene su personalidad propia y que puede quedar ejemplificado por Numancia ¹⁷⁴, que sólo a partir de entonces contará con una población significativa ¹⁷⁵, para la que puede fijarse ahora su nacimiento como ciudad histórica.

Definitivamente asentados, estos grupos asimilarían de sus vecinos del Este, ya iberizados, el horno oxidante, el torno de alfarero y la pintura como moda decorativa de sus cerámicas, elementos todos ellos que evidencian cómo tuvo lugar entre los mismos la gestación y nacimiento de la cultura celtibérica. El apogeo de esta última, durante la cual asistimos a una proliferación de nuevos asentamientos, debe de centrarse, fundamentalmente, en los siglos III y II a. de C., dando la impresión de que tras las guerras celtibéricas y la caída de Numancia, el 133 a. de C., la población quedó muy diezmada. A partir de esta última fecha sólo algunos núcleos de relativa importancia parecen haberse mantenido en pie y, en algún caso, da la impresión de que no por mucho tiempo, pues todo obliga a pensar que Izana no sobreviviría a las guerras sertorianas. Numancia se mantendría como testigo fiel de la cultura indígena, desarrollando precisamente en los años inmediatos a la romanización, con sus cerámicas policromas, las más bellas manifestaciones de la misma.

¹⁷² TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias...*, MemJSEA, n.º 103, p. 40, lám. VIII-2, 3, 5, 6 y 7.

¹⁷³ TARACENA, B., *Excavaciones en la provincia...*, pp. 26 y 27, lám. XIII-13 y 40.

¹⁷⁴ WATTENBERG, F., *Las cerámicas indígenas...*, p. 37.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 33.